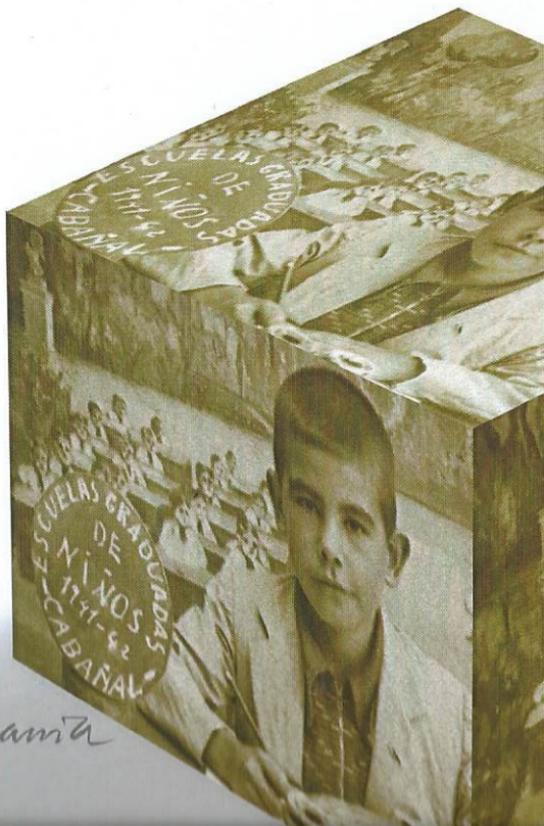


Beatriz Santamarina Campos (Dir.)

Hijos del Mar, hijos de la Tierra

*Historias de vida del
Cabanyal-Canyamelar*

 col·lecció
vuit fulles



Germana

© de los autores, 2010

© de la presente edición: Editorial Germania, S.L.

Dr. José González, 99 - 46600 Alzira (Valencia)

E-mail: germania@germania.es

Impreso en la UE

ISBN: 978-84-92587-30-8

Depósito legal: V-1302-2010

ÍNDICE

Pròleg	11
Agradecimientos	15
Capítulo I. Hijos del Mar, hijos de la Tierra BEATRIZ SANTAMARINA CAMPOS	
1. Introducción	17
2. Cabanyal-Canyamelar	18
3. La clonación urbana globalizada: el proceso de gentrificación	28
4. La respuesta ciudadana: «Salvem el Cabanyal»	41
5. Trabajo de investigación	46
Capítulo II. Vivir la calle BEATRIZ SANTAMARINA CAMPOS, JULIO BODÍ RAMIRO, ELISA IRAZO CENTELLES, NOELIA DOMINGO CAMPOY, CRISTINA ORTELS GRAU, SARAY NAVARRO MARTÍ (COORD.), PILAR GIL GRAU Y VÍCTOR SOLER PENADÉS	
1. Introducción	49
2. La delimitación geográfica y simbólica del Cabanyal	52
3. La casa en la calle	57
4. Los juegos	60
5. Oficios callejeros	66

6. Lugar para encuentros	71
7. Las fiestas en la calle y la calle de fiesta	74
8. Espacios comunitarios	81
9. La huerta y la playa	86
10. El deambular de personajes	94
11. Conclusiones	108

Capítulo III. Voces Cruzadas. Historias de vida del Cabanyal

BEATRIZ SANTAMARINA CAMPOS, JOSÉ ARIAS BUJ,
 AINA FAUS I BERTOMEU, MARINA REQUENA I MORA,
 MANUEL SALVADOR JARDÍ, M. AMPARO BARRACHINA HUESO,
 LALI VILLANUEVA NAVARRO Y DIANA GIMÉNEZ FERRANDIS

1. Introducción	111
2. Sin cara de padre	115
3. Un pescador del Cabanyal	135
4. Sóc Conxa Molina	156
5. Dos homes del Cabanyal	172
6. Un taller en el Cabanyal	199
7. La vida al voltant d'una alqueria	215

Bibliografía	231
------------------------	-----

CAPÍTULO II

VIVIR LA CALLE: UN ESPACIO DE ENCUENTRO Y SOCIABILIDAD

Beatriz Santamarina Campos • Julio Bodí Ramiro
Elisa Irazo Centelles • Noelia Domingo Campoy
Cristina Ortells Grau • Saray Navarro Martí
Pilar Gil Grau • Victor Soler Penadés

1. INTRODUCCIÓN

El Cabanyal, que hasta finales del siglo XIX tenía el nombre de Poble Nou de la Mar⁵¹, municipio independiente de la ciudad de Valencia, escapó a la vorágine que representa la gran ciudad a lo largo del siglo XX. La urbe simboliza, en este sentido, esa actividad frenética característica de los espacios en expansión.

Sin embargo, el barrio del Cabanyal, alejado y escindido del corazón de Valencia, se mantuvo al margen del ritmo de la ciudad, no sólo por huertas que lo separaban de él sino también por obstáculos físicos, como fue durante muchos años la vía del tren que se dirigía hacia el norte. Dicha lejanía configuró, de sus límites hacia dentro, un espacio donde las relaciones cotidianas, representadas por una sociabilidad cercana y cargada de emotividad, llegaron a ser un elemento imprescindible para entender el barrio a lo largo de la centuria.

Esta proximidad, no sólo física sino también afectiva de sus habitantes, crea una sensación de «tiempo suspendido» en el que la calle se erige como lugar referencial a la hora de configurar una identidad común y compartida. Una forma de ser característica, que se manifiesta a través del mismo uso de la calle. Espacios comunitarios, cenas, juegos, oficios, fiestas, paseos, bailes, personajes y miles de vivencias y experiencias cotidianas que hemos querido

⁵¹ Ver capítulo 1.

recuperar, con ayuda de nuestros informantes, como parte fundamental de un patrimonio inmaterial compartido.

De todas formas, como preámbulo a lo que sigue, el lector encontrará algunos textos no sólo fundamentales para aproximarse a la realidad cotidiana del Cabanyal sino también extraordinarios por su calidad y su fuerza expresiva. Si la novela *Flor de Mayo* nos retrata el Cabanyal marinero y romántico de finales del siglo XIX, quien quiera asomarse a las calles y personajes del siglo XX, puede hacerlo a través de diferentes estilos y autores. Entre ellos los primeros capítulos de *Pasos y sombras* (1953) de Juan Renau, en clave biográfica, donde recuerda su primera infancia correteando por el Cabanyal: la playa y el bullicio de pescadores, la *platjeta*, el tranvía «la perrera», el puerto, la escuela parroquial y la escuela laica, «Chamuza» (el sacristán) y «el Moreno» (director de escuela) y un largo etcétera de lugares y personajes que nos devuelven al pasado. Su autobiografía hace de puente entre ambos siglos porque aunque describe los primeros años del veinte, también rescata en ella viejos episodios del diecinueve⁵².

En este mismo sentido de pasarela, podemos clasificar la novela *La Rulla* (1905) de Morales San Martín, autor cabanyalero desgraciadamente poco conocido y reconocido. El naturalismo del autor nos permite tener una imagen casi fotográfica de la realidad sobre la que escribe. En ella encontraremos una descripción muy precisa (densa, diríamos en terminología antropológica) de la huerta que rodeaba el Cabanyal: las alquerías y barracas, la vida cotidiana de sus mujeres y varones, las costumbres y festividades, etc. Con todo, el final es especialmente interesante porque nos acerca a las primeras expropiaciones y derribos que se sufrieron en el Cabanyal: las ocasionadas por la construcción del ferrocarril que cruzaba la huerta. Volveremos a ellas al final del capítulo.

Las memorias de Antonio Damia, *Viejo Cabanyal* (1970) y *Del puerto a la playa* (1973), están llenas de episodios cotidianos y evocaciones que se reconstruyen y se refuerzan en los numerosos testimonios que hemos recogido. Capítulos dedicados a lugares emblemáticos, a personajes o a sucesos nos introducen en un Cabanyal colorido e intimista. Los cuentos de Monzó Expósito, *Contes d'un Cabanyaler* (1970), son otra aproximación interesante. En

⁵² En ella, por ejemplo, se describe el incendio de 1875 que asoló el Cabanyal.

ellos encontramos mezclados relatos de ficción o sucesos fabulados a partir de acontecimientos «reales». La recopilación de sus cuentos nos deja, sin duda, otra mirada sobre la realidad del Cabanyal.

En el libro de M^a Angeles Arazo, *Valencianos de la mar* (1971), realizado a través de entrevistas, podemos recuperar diferentes oficios, espacios y personas. El libro, publicado en un determinado contexto histórico, nos acerca con especial intensidad a las transformaciones sufridas en el sector pesquero y a trabajos ya olvidados. Y por último, el trabajo y la recopilación de Martorell sobre los «*malnoms*» (2002 y 2005) y sobre la vida marinera (2001) nos aproxima a las personas y personajes que han poblado y han dado vida al Cabanyal. La labor de Martorell permite rescatar la identidad tradicional de los cabanyaleros. Frente a la identidad institucional y administrativa plasmada en un nombre y dos apellidos, los apodosos nos devuelven a la identidad construida y asignada por la comunidad. Tal como nos dice Sanmartín, los mote permiten «definir quién es quién según los criterios locales. Ese algo más que el mote contiene es el conjunto de cualidades y actitudes, positivas y negativas, que atribuidas a su titular le distinguen de los demás» [1982: 1991].

Los trabajos ya citados de Sanchis Pallarés (1997, 1998), Boira i Maiques (1987, 1994), Corbin Ferrer (1994), Díez Pérez (1982), Díez Pérez y Boira i Maiques (2006), etcétera, nos han ayudado a contextualizar múltiples comentarios de nuestros informantes. Todas estas referencias junto con el excelente trabajo de García Pilán (2007) sobre la Semana Santa Marinera han sido guías para desarrollar este trabajo.

Recordemos que en esta investigación nos interesaba rescatar la voz de las personas entrevistadas, para conocer las particularidades y peculiaridades que conforman este poblado marítimo. En este capítulo hemos querido devolverles la voz que nos prestaron. Por eso, a lo largo del mismo, se verá que está cuajado de referencias textuales⁵³ de las propias entrevistas, siendo las múltiples voces de los y las cabanyaleras, las que nos guían a través de esta aproximación a la calle y su uso social. A través de la memoria colectiva hemos querido recuperar los lugares y personajes que fueron señas importantes

⁵³ Se han respetado y mantenido las expresiones utilizadas por los informantes, aunque éstas sean incorrectas.

de identidad locales. La calle se nos ha mostrado como el eje estructurador del Cabanyal, por eso hemos querido articular en la misma los distintos espacios de memoria recuperada.

2. LA DELIMITACIÓN GEOGRÁFICA Y SIMBÓLICA DEL CABANYAL

El Cabanyal, reflejo de la actividad marinera y de la fértil huerta valenciana, posee un entramado urbano que responde a la alineación, paralela al mar, de las antiguas barracas de pescadores. Su trama urbana se complementa con travesías que recorren las largas calles paralelas y entre ellas todavía juegan un papel destacado cuatro grandes travesías: las correspondientes a las acequias de «Rihuet», «en Gash», «Pixavaques» y «Cadena». Ellas permiten configurar de puertas adentro las distintas delimitaciones del Cabanyal.



Foto cedida por Juan Casany. Acequia «en Gash» 1906

Aunque actualmente se encuentra situado administrativamente en el distrito denominado «Poblats Marítims» e integrado en las infraestructuras urbanísticas de la ciudad de Valencia; ni este hecho, ni la pérdida de parte de su fisonomía (como la huerta o las nuevas construcciones), han difuminado sus límites. Sus lindes lo conforman como un espacio fácil de limitar, ya que sus fronteras simbólicas y geográficas siempre han coincidido gracias a las acequias, la huerta y el mar. Las tres partidas que configuraron Poble Nou de la Mar (Partida del Canyamelar, Partida del Cabanyal y Partida de Cap de França), siguen siendo reconocidas y bien delimitadas por sus habitantes. Además, los propios informantes se sienten canyameleros o cabanyaleros

asignándose entre ellos cualidades diferenciadas: «*sóc del Canyamelar, eh?*» o «*jo sóc del Cabanyal, els del Canyamelar son diferents*».

Las demarcaciones no sólo se circunscriben dentro del Cabanyal/Canyamelar, sino que afectan a todos los poblados marítimos en su conjunto. Dichos lindes los podemos ver incluso recogidos en refranes populares, «*aquí el Cabanyal, Canyamelar y el Grau... ahora que suenan las campanas, te diré lo que dicen las campanas. Las campanas dicen: vingau, vingau beates del Grau, vingau, vingau beates del Grau... i les del Cabayal diuen voleu peix, voleu peix, voleu peix... les de San Rafael diuen no en volem, no en volem... i estes del Rosari diuen està prudent, està prudent*» (Entrevista, 38). La primera distinción es frente a los del Grau. Damiá (1970,1973) recoge en numerosas ocasiones esta diferenciación, en una de ellas, con respecto a la mejora urbanística del Cabanyal a principios del xx, señala «el cabañalés presumía de su flamante adoquinado, el grauero de turno solía contestar: ara falta adoquinar a la gent» [1973: 56]. Y la segunda, como ya anunciábamos, se realiza entre el Canyamelar y el Cabanyal.

...yo vivo en el Canyamelar, esto es el Canyamelar. ¡Ojo, que del Canyamelar al Cabanyal es muy distinto! Esto es de alto copete y aquello era de bajo. Entonces mi madre no quería a mi cuñado, que era una bellísima persona, porque era del Cabanyal. Y ¿tú sabes donde vivía mi cuñado? En la misma acera cuatro esquinas más para allá... pero ya pertenece al Cabanyal (Entrevista, 38).

...ser del Cabanyal era ser del Cabanyal no del Canyamelar ni del Grau..., lo mas pijo y elegante era el Grau, después el Canyamelar y después la gent més treballadora, però també amb més diners que molta gent de allí, molts amos de barques... (Entrevista, 37.B).

La gente del Grau era administrativa, gente de educación, gente de carrera, capitanes de barco, maestros de escuela, médicos, o sea que habían ido a la universidad, (...) que habían ido a estudiar, a estudiar, estudiantes, ¡pues eso! El Canyamelar era de clase media, la trabajadora que tenía un comercio, tenía una tiendecita, tenía un taller. Y el Cabanyal, era, lo más, lo más bajo, marineros, ya me explicarás tú, pero de ingenio, genio y figura (Entrevista, 30).

En realidad, nuestros informantes realizan una estratificación social del espacio descendiendo en la clase social desde el puerto hasta Alboraiá, en un proceso decreciente conforme uno se aproxima a la Malvarrosa. En este sentido, hay una clara jerarquización social del espacio, que viene marcada por los distintos barrios que integran los poblados marítimos.

Los espacios y su delimitación simbólica y geográfica siguen funcionando como claros estructuradores y referentes de identidad en el barrio. Veamos, en las palabras de nuestros protagonistas, cómo se reconstruyen los límites utilizando las fronteras naturales de antaño:

...aleshores ací la separació que hi ha. Primera: de J.J.Domine, del port, a lo que és el principi del Banyamellar, això es deia el Riuet. I es deia Riuet perquè no era un riu, no era tan gran com un riu, però era més gran que una sèquia... I després estava un altra sèquia, era el carrer que ara es diu Mediterrani, que és el que dona al mercat, ahí hi havia un altra sèquia que es deia la sèquia d'Engas i ara es diu l'avinguda Mediterrani. Després hi havia un altra sèquia i en cada tram, o siga, el tram que era del Riuet a la sèquia d'Engas és lo que es coneix hui com a Banyamellar. El tram que anava de la sèquia d'Engas a la sèquia de Pixavaques, que és la sèquia del camí que hi ha ara que va al cementeri, eixe tram és el Cabanyal, eh? de la sèquia d'Engas a la sèquia de Pixavaques és el Cabanyal. De la sèquia de Pixavaques a... la Cadena que es deia, això era el Cap de França i després ja la Malvarrosa... (Entrevista, 5.B).

Es divideix igual que ara, la sèquia del Gas, que és la sèquia que tenim ací a la nostra dreta, lo que hui diem pomposament l'avenida del Mediterráneo, que no deixa de ser un carrer puto i redondo, eh?... Hasta ahí a la dreta és el Banyamellar, des de esta sèquia hasta la Remonta, hasta el carrer de la Remonta és el Cabanyal, i de la Remonta paca el norte es la Malvarrosa. Cap a baix on acaba les Atarasanes, no, on està el molí o siga el museu de la Setmana Santa, el cantonet eixe, crec que és les Atarasanes també, o això de les Atarasanes acaba també ahí, eixe carrer és el que talla, hasta ahí es el Banyamellar i d'ací a l'esquerra és el Grau (Entrevista, 2.A).

Desde la acequia del gas, que ahora es avenida del Mediterráneo, eso se llama y aún lo llamamos nosotros, la acequia del Gas. De la acequia del Gas hacia ti, hacia la Malvarrosa. Que en la Malvarrosa empieza el tranvía que antes era un trenet, aquello que iba a Benimaclet y daba la vuelta hasta el Pont de fusta, pues eso era un *trenet* verde de esos antiguos y de ahí hasta el fondo eso era la Malvarrosa... Lo otro es el Cabanyal-Canyamelar, hasta JJ.Dómine y de Dómine hasta la Av.del Puerto y todo eso, aquello era el Grau, se limitaba a ese trozo... (Entrevista, 10.A).

...es el barrio de Canyamelar, el barrio del Grau, el barrio de la Platjeta que llaman, la Eugenia Viñes, Doctor LLuch, todo eso era la Platjeta. Estaba el barrio de Beteró, yendo al cementerio hay el tal barrio Beteró. O sea, que todo es a base de barrios. El Cabanyal empieza en la avenida de los Naranjos, que antes era por donde iba el trenet (...) Después cogías y te ibas hasta la acequia del Gas, en la acequia del Gas entrabas ya en Canyamelar, que era de la acequia del Gas ya hasta el paseo Colón, donde está la comisaría hoy, hasta ahí (Entrevista, 1.A).

La distancia simbólica con la ciudad de Valencia es posible constatarla en la forma en la que los cabanyaleros y cabanyaleras han denominado, de forma tradicional, el hecho de desplazarse hacia el centro de la ciudad. Ellos iban (van) a Valencia, no iban (van) al centro. Así se recoge prácticamente en todas las entrevistas,

Que este barrio era un poble, mosatros sempre déiem per a anar al centre, mosatros no déiem mai «anem al centro», quan algú anava al centre deia «Me'n vaig a València!» ... Aquello d'anar a València era anar a l'altre món... (Entrevista, 16).

Per a dir me'n vaig al centro, la costum era dir me'n vaig a València... (Entrevista, 27.A).

De fet, no dic mai al centre, jo sempre dic a València. Un altre mon, sí, ... entonces quan anaven més a València, veus te dic a València, (risas), costums (Entrevista, 14.A).

La dicotomía Cabanyal-Valencia ha reforzado la identidad de los cabanyalers. Además, dicha dicotomía con respecto a la ciudad se veía reforzada por el propio rechazo que experimentaban al ser considerados: «*marineros que no tienen educación, no tienen principios*» (Entrevista, 30). Blasco Ibáñez recoge en *Flor de Mayo* este desprecio. En su descripción de la Semana Santa relata cómo el público «había venido de Valencia para reír un poco. Y cuando se burlaban demasiado fuerte de los grotescos figurones, no faltaba algún soldado de Pilatos que agitaba el espadón amenazante, rugiendo con indignación (...). De Valencia habían de ser, para atreverse a tanto» ([1923] 1999: 140). El rechazo de los de la ciudad queda bien expresado en la anécdota que cuenta un informante examinándose en la ciudad y en las citas que le siguen,

En cuanto al concepto que tienen en Valencia del... (referido al Cabanyal) la anécdota es la siguiente... (referido a un examen de religión). Me puse a decirle la primera pregunta de la primera lección, que me la sabía toda, y de repente me paró y me preguntó, «¿Dónde has estudiado?», y yo le dije: «Yo, en el Liceo Sorolla», «y eso ¿dónde está?», «Eso en el Cabanyal», «¿En el Cabañal? ¿Tu has estudiado allí?» Y yo le dije: «Sí, sí, monseñor». Y entonces se levantó y se dirigió a mis compañeros para decirles: «Aquí tenéis un hombre de los que se escriben con hache mayúscula. Estudió allí donde el anticristo y mirad si sabe de religión» Me puso como ejemplo. «¡En el Liceo Sorolla! ¡Dónde los rojos!» ... Es que no tiene otro sentido. Es textual, ¿eh? (Entrevista, 36.A).

Je, je si ibas a Valencia, tenías que decir que eras del Grau. ¡Ah! Si decías: «soy del Cabanyal», te cerraban las puertas, nada, nada, eso no estaba escrito, estaba así (Entrevista, 30).

es que yo he sido una niña del Cabanyal, una niña que ha llegado al centro hablando en valenciano y se me ha mirado por encima del hombro. Lo que sí notábamos la gente del Cabanyal es un agravio comparativo (...) «tú eres de *poble*», tu hablabas valenciano y eras más vulgar, *els altres, els del centro eren més fns* (Entrevista, 37.B)⁵⁴.

⁵⁴ En esta cita es interesante destacar que la informante para explicar el rechazo

Para finalizar, Renau relata una pequeña anécdota que resume bien la polaridad entre los de la ciudad y «*los de poble*». De hecho, él mismo denomina el capítulo dedicado a ella «*De golfo a señorito*». El día de su traslado, desde el Cabanyal al centro de la ciudad, explica: «Un rocín tenía colgado del cuello un capacho con algarrobas. En el suelo había dos o tres. Agarré una y cuando la iba a morder, mi padre, muy enfadado, me dió un manotazo y me la tiró. Me pescó de un brazo y me dijo: Escucha, Juanín. ¿Te has creído que aún estamos en el Cabañal?» (1953: 122).

3. LA CASA EN LA CALLE

La calle representaba el lugar privilegiado de encuentro y de vertebración de relaciones, por ello, la vida giraba en torno a ella. La casa integrada en la calle y abierta a la misma, encapsula bien el sentimiento de comunidad que nos definen los informantes. Los vecinos son considerados como de la propia familia y la filiación ficticia se refuerza en el uso simbólico del «tío» y «tía»: «Ibamos a una casa y a la otra y todas las mujeres eran tías. Eran la tía Amparo o tía Pepeta o tía Vicenta... todos eran eso» (Entrevista, 22).

Así pues, el sentimiento comunitario impregna todas las entrevistas articulado en las puertas abiertas, la calle transitada y ocupada y las relaciones cercanas:

Entonces la relación en el grupo en que se convivía era muy fuerte... por ejemplo las puertas de las casas estaban siempre abiertas. Las puertas, las llaves... entonces las puertas de las casas estaban abiertas (Entrevista, 36.A).

A ver, antes las casas no se cerraban. Las plantas bajas se dejaban abiertas y las llaves puestas en la cerradura. Y la gente salía, ahora que

utiliza «el centro» para referirse a la ciudad. En este caso, el recurso le sirve para enfatizar que eran menospreciados perteneciendo a la capital. En la misma entrevista la informante utiliza «ir a Valencia» en las ocasiones que narra los desplazamientos al centro.

viene el buen tiempo, a la acera, plantaba la silla y todo y ¡jala a cenar y chim pum! Pasaban y «¡eh! Paco» «¿Cómo está todo Enrique?» «*Pues ja veus*», i «*Vols pegar un mosseb*», «No, pues no quiero nada» o «Sí» y cada uno a su aire... y se pasaban a lo mejor hasta las tantas de la noche tomando la fresca y charlando... y pasándolo bien (...) Eso era así, era un vecindario de pueblo clásico (Entrevista, 21.A).

Luego también, lo más importante era eso, que éramos el barrio. Era como una familia, o sea, a lo mejor estaban comiendo en la calle o cenando, y pasabas, y «buenas noches, buenas noches» y te cansabas de decir, «buenas noches, buenas tardes, buenos días» (entre risas). O sea que la gente era muy familiar... (Entrevista, 24).

La vía empedrada, imagen y representación de un continuum público/privado en el Cabanyal, fue a lo largo de este tiempo un espacio poco transitado por coches y carros, ayudando a su consolidación como dominio común:

Si passava era algún carro... algún carro de quan en quan. Eren carros... mira t'ho vaig a dir... passaven els cavalls de la Remonta, que era un tros ja casi prop de la Malvarrosa on hi havia com un cuartel militar, en cavalls que eren sementals (...) Pues no sé d'on vindrien de passetjar, bueno allò era un espectacle total! I después també... entonces anaven carros de l'horta a per la cibà... passaven en els carros amb la cibà que segurament seria pa l'alimentació dels animals o pa abono o pa lo que fora i passaven també per allí. Això eren els màxims aconteciments (...), antes si passava un cotxe... això era bueno... si quan passaven els carros això ja era una festa, pues els cotxes tu me diràs! (Entrevista, 7.B).

En el Cabanyal oímos ese repetido: «*vivimos esperando el verano*», uno de los anhelos que mejor representan la conquista de la calle en el barrio. Son múltiples las alusiones de nuestros entrevistados al bullicio y trasiego de personas, sillas y platos en aquellas noches calurosas. La cocina, la reciprocidad y la «fresca» retratan bien esas largas noches de comensalidad.

Comíamos caracoles para cenar... Y de todo... Cada uno se traía el pan... que tenía... Pescao, longanizas, all i pebre, escabeche, pulpo y... Cada uno sacaba sus cosas y entonces todos compartíamos todo... aquí éramos todos muy amigos y nos lo dábamos todo, sí, aquí antes se compartía todo. Ahora eso ya se ha acabao, no paran de pasar coches, ruido por aquí, uyyyy! Y eso se ha ido perdiendo... eso lo llamaban el sopar al carrer...(Entrevista 3.B).

En tot el Cabanyal. Hi havia alguna de dos pisets, però tot a l'hora de la nit a sopar: «Xe, anem a sopar demà», «Pues jo faré els caragols», «Pues jo faré tonyines». I dos o tres famílies treien les taules a la porta i tots a dinar. I tots els xiquets jugant. Ala tots! Ara no coneixes al que viu en el segon pis de l'escala... (Entrevista, 4.A).

Es que antigament, teta, ara no s'estila, però antigament, quan venia el bon temps: «Xe! Jo pague els caragols». Eixa casa. «Jo pague la ensalà», «Jo pague el champany...» I eixíem al carrer i sopaven. Ara no coneixes ni als de la escala... (Entrevista, 5.A).

La calle se convierte en una prolongación de las casas (donde lo público se torna en privado y lo privado se transforma en público), en el escenario privilegiado de los intercambios comunitarios. Un escenario que se intensifica en el calor de los meses de verano, donde los más mayores han relatado cómo en los días más calurosos sacaban los colchones a la calle para dormir. Con todo, «tomar la fresca» simboliza bien la «toma de la calle».

Pues también había la costumbre de sacar una silla y sentarte ahí en la acera a tomar la fresca (Entrevista, 31).

Y, *ara*, como no habían coches, *ara*, cara al verano, salías a la puerta de la calle, te sentabas a la fresca (Entrevista, 33.A).

4. LOS JUEGOS

La calle era un lugar abierto de encuentro y juegos, donde los niños y las niñas se relacionaban y donde transcurría una gran parte de su tiempo. Era un espacio para la socialización y la sociabilidad. Nuestros informantes nos han relatado cómo después del colegio cogían la merienda y se reunían para pasar el tiempo jugando:

Los niños, cuando salían del colegio, entonces ibas a casa, cogías la merienda, y a lo mejor te salías un rato a jugar. ¡Ala a jugar! Pues a juegos de calle a jugar con... en los ladrillos, con unas bolitas, jugar así, las chicas, los chicos... (Entrevista, 24).

Del colegio y de aquí de la calle que venían y salíamos a jugar, me venían a buscar, o yo iba a buscarlos, según, y jugábamos ahí en la puerta, a que te pilló, a escondernos, al *sambori* que decíamos, a saltar a la cuerda, a todo eso que había, todo eso era en los años de... hasta que yo he tenido, pues, 15 años o así... (Entrevista, 22).

Claro, es que antes la relación no era como ahora, ni había tantos coches, ni había tanta historia de esta mala, y los nanos que sólo teníamos,... es que si lo vieses allí... Y nosotros que éramos bien nanos, jugábamos... éramos unos 100 nanos, pues a jugar contra los otros 100 nanos que había en el otro bloque y que conocíamos porque iban al mismo colegio, al de allí enfrente. Y cuando salíamos del colegio pues íbamos y nos veíamos (Entrevista, 21.A).

Los más pequeños del barrio corrían de un lado a otro, fabricaban sus juguetes e imitaban a los mayores en sus juegos. Para jugar y entretenerse utilizaban la herramienta más eficaz de la que se puede disponer: la imaginación. Imaginación que nunca se agotaba: un bote, una rueda, un tronco... cualquier cosa se podía convertir potencialmente en un instrumento valioso de juego.

Després, amb una roda de auto, amb un fil, anaves rodant-la. «Que va la roda!» I entonces amb una llanda de roda i disfrutaves amb tonteries.

Si volíem una pilota la fèiem de draps, perquè no teníem per a comprar una pilota de goma. I amb draps enrollats fèiem la pilota i a jugar. Era una època molt mala. (Entrevista, 20.B).

Reyes... no he tenido, porque no se podía, sólo recuerdo haber tenido una muñeca, de serrín, una cosita así, que parece que la esté viendo ahora, con un vestido verde, de gasa, y... y otro muñeco que era, sólo tenía la cabeza de piedra, que mi madre le tejío un... un jersey «vellito», y unos pañales, y nada más, yo no me acuerdo. Yo lo único que tenía de juguetes era recortables de papel (Entrevista, 8.A).

En la imaginació perquè se'ls teníem que crear mosatros, perquè de juguets... com a molt una piloteta. No hi havia lo que es veu ara, i jugaves a fer la Semana Santa, i de caixes de sabates, fèiem un sombrero aixina [pel gest que fa, el barrets era com els antics de la guàrdia civil], i de les gallines si trobaves plomes, se fèiem el plumero. I altres en tambors, en pots i palillos, palos feien el ¡prom, prom, prom! de tambor de Semana Santa. Tots els jocs eren d'invenció, perquè hi havien moltes col·leccions de cromats de Blancanieves, el Hombre Cobra ...totes les figuretes d'entonces, i qui tenia la sort de fer la col·lecció completa, amarràvem el uno, el dos, el tres, el cinc, el sis, el set... (Entrevista, 17. B).

En el Cabanyal de entonces, se jugaba de manera muy diferente a hoy día. Los más pequeños disfrutaban de la calle, la playa y la huerta y de lugares como la «platjeta»⁵⁵ o los «campots» que han sido especialmente recordados. Pero no sólo tenían amplios lugares para disfrutar sino que los juegos eran compartidos con otros niños y niñas, en tiempos también compartidos. Juegos para aprender valores de convivencia, amistad, solidaridad, etcétera. En definitiva, juegos para y en la socialización.

Nos han relatado numerosos juegos, travesuras y fábulas. Entre las últimas destaca la historia que circulaba en relación a «els parotets» y el farmacéutico. A los más inocentes se les explicaba que el farmacéutico estaba inte-

⁵⁵ Referencias a la platjeta las encontramos también en Renau (1953), Damiá (1970) o Sanchis Pallarés (1998).

resado en las cabezas de «els parotets», así que las cazaban con entusiasmo para llevárselas. El farmacéutico, harto de la broma, les pegaba un grito para echarles de la botiga «*Xe, ja està bé, com vos pille*». La circulación de esta leyenda también es recogida por Damiá: «contábamos con un legendario estímulo que yo nunca comprobé en realidad, según el cual, era posible vender las cabezas de nuestras víctimas (referido a los *parotets*) para ser utilizadas y elaborar con ellas ciertos medicamentos muy caros» [1973: 53]. Cazar «parotets» ha sido una de las actividades lúdicas más repetidas por nuestros informantes. Renau también describe esta diversión rememorando cómo los insectos «volaban muy despacio, casi sin mover las alas de cristal. Se paraban en las corolas de las flores y en las ramas de los arbustos. Había que acercarse sin hacer ningún ruido porque de lo contrario se espantaban y echaban a volar quebrando el vuelo en zig-zags rápidos y cortos para esquivar los golpes que les atizábamos con las cañas» [1953: 91].

Yo, es que donde he estado, me lo he pasado bien, con amiguitas y todo eso. Luego íbamos también al *campot* a coger *parotets*, que ¡habían de *parotets*!. Ahora ha desaparecido eso, yo no veo, ¿sabes lo que son los *parotets*? (Entrevista, 8.A).

I nosatros encara hem jugat en eixa horta, o siga jo encara recorde haver anat a agarrar parotets je, je, je, parotets a l'horta d'allí darrere (...) es fèiem collarets en els caps dels parotets, o siga, els parotets són un insecte... com una libèl lula... pues claro tanta sequia tanta horta, els parotets... però no els de bassa, els de bassa eren els grans, quan veien un de bassa, vamos era el no va màs! I entonces agarràvem els parotets, els llevàvem el cap i es fèiem els collarets... je, je, je (Entrevista, 7.A).

Del mismo modo destaca la pelota como uno de los juegos preferidos, sobre todo, de los niños. Balones que muchas veces eran sustituidos por improvisadas bolas de papel o tela enrolladas. Muchos informantes han contado cómo la Guardia Civil o la policía no les dejaban jugar o les quitaba la pelota por jugar al fútbol en la calle y dar a las fachadas (con los consiguientes riesgos). El balón acababa muchas veces en el retén y para recuperarlo la única opción era acudir con los padres. Un mal trago.

llevant dels polisseros, venien a no deixar-te jugar perque trencàvem cristalls, i quan trencaves i veies vindre al polissero, tenies que pegar a fugir. Tenies que amagar-te per a que no t'agafara (...) desapareixíem tots del carrer, no quedava ni uno (Entrevista, 28.B).

Venía la Guardia Civil y nos quitaba la pelota, que entonces los que patrullaban por la playa se llamaban carabineros. Nos quitaban la pelota, nos llevaban al cuartel (...) y nos íbamos llorando para casa y sin pelota (Entrevista, 3.A).

El control de los más pequeños estaba a cargo de toda la comunidad, cualquier vecino estaba autorizado a reprenderles: «Cuando te llamaban varias veces la atención y no hacías ni puñetero caso... ¡jarra de agua! Que tiraban por encima...» (Entrevista 34). Del mismo modo, en cualquier casa podían entrar a beber o a merendar, «y entonces, si estabas jugando en la calle y querías beber agua, te daban agua y eso ahora ya no se estila... en la calle» (Entrevista, 22). La vigilancia de los mayores sobre los pequeños también se hacía con la circulación de mitos y leyendas, así aparece el clásico «hombre del saco» reconvertido en el temible «*saginer*». El *saginer*⁵⁶ es un personaje que deambulaba en la imaginación de los poblados marítimos y que con su saco y sus malas artes aterrorizaba a los niños y niñas. El efecto sobre los pequeños era eficaz: «el *saginer* es... que cuando éramos pequeñas decían “no te vayas lejos que vendrá el *saginer*”. El *saginer* es... pues no sé, algo así como que han matado a una niña y cosas de esas, el *saginer*» (Entrevista, 38).

Los juegos enumerados han sido abundantes: la «tropa», «churro, manga, mangotero mitja manga», el «idem», el «sambori», la «corda», el «que va la roda», los «cromos», «las chapas», etcétera. Vamos a hacer referencia a tres de los juegos tradicionales que más han aparecido en nuestras entrevistas: el «xavo negre», el «pic i pala» y «d'ací, d'ací, teuladí».

El «xavo negre» es uno de los juegos más repetidos. Las partidas consis-

⁵⁶ «La gent gran explique una llegenda sobre un home que raptave gent i matave les seues víctimes per extreure'n el sagí (el greix), per això l'anomenaven lo *saginer*. Des de llavors als xiquets petits quant feien alguna malifeta se'ls feia agafar temor dient-los que venien los *saginers*» (Vallès Foz, 2005: 8).

tían en lanzar monedas a un círculo e intentar sacar con las mismas las de los contrincantes. Tradicionalmente se utilizaban monedas de escaso valor, como los chavos, de ahí toma el nombre el juego. También se puede jugar utilizando las trompas, Renau, relata como «con el clavo de la trompa hacíamos un redondel bastante grande y echábamos en medio aguiletas y chavos (...) la cosa estaba en tirarla (*la trompa*) contra los cantos de las monedas» [1953: 76].

...Sí, el xavo negre era en els cèntims de la guerra, els cèntims, 10 cèntims. Entonces algú encara que tinguera alguna moneda de plata, cixa no la treia ni fart de vi. Però després començaren a vindre algunes monedes franceses, com els cinc francs i entonces en això jugàvem o amb aguiletes, diners que corrien, però menos d'una pesseta. Qui tenia una pesseta era capità general (riu). Monedes de 5 cèntims, 10 cèntims, de mitget, dos quinzets... i això ho posàvem en el rogle i amb les altres monedes grans les tenien que traure. Si mataves la teua moneda, li pegaves a una altra, eixe el retiraves, i aixina hasta que... (Entrevista, 6.A).

Jugábamos a los chavos negros. Los chavos negros eran monedas antiguas, bastante grandes y era a... pegarse y tenías que pagar con más chavitos de esos negros. Sí, a pegarse, a tirar la moneda... O sea, yo la tiro, ahí en el suelo hay una moneda, pues tú le pegas, yo te tengo que dar una moneda. Y luego tú... y así jugábamos entre varios... Si yo no acertaba, yo tenía que dejar mi moneda en el suelo y cuando tirabas tú y pegabas, te quedabas tú con la moneda esta (Entrevista, 21.A).

El «Pic i pala» es también conocido como «escampilla» o «boli-dali» (Gómez Navarro, 2000), para jugar se necesita un palo de madera pequeño, redondo, de entre 10 y 15 cm. de largo y 3 o 4 cm. de diámetro, al que se le sacaba punta por los dos extremos, a este palo se le denomina «escampilla», «pic» o «bólit». También hacía falta un bastón redondo o una madera plana, de unos 50 o 80 cm. de largo y 10 cm. de ancho, que servía para levantar al aire el pequeño y seguidamente golpearlo para intentar llevarlo lo más lejos posible.

Pic y Pala..., pues era una cosa así de madera, así de larga, (deja entre sus dos manos unos 15 cm) que tenía formita y tenía las puntas más estrechas. Le dabas a la punta y brincaba y luego le pegabas con la paleta a ver quién le pegaba más fuerte y quién alcanzaba más lejos. Eso ahora si los nanos lo tuviesen se pondrían a jugar igual... (Entrevista, 21.B).

Després també hi havia un que era pic i pala, que era un trosset de fusta que li fèiem punta pels dos costats i el deixaves en terra, pegaves en la punta i quan botava tenies que pegar-li al vol com si fóra una raqueta de tennis i una pilota, llevat que era de fusta, i els altres tenien que agarrar-la a l'aire o en terra, i la tiraven on començava si arribava i la ficaven en el forat, no dins del forat, sinó en la zona del forat, perdia el que portava el pic i tenien que canviar... (Entrevista, 6. A).

Por último, «d'ací, d'ací teuladí» se podía jugar tanto con un balón como con unas telas enrolladas por cuerdas y liadas con cinta adhesiva o esparadrapo. El juego consistía en lanzar el balón al aire y el primero que lo cogía le tenía que dar un balonazo a alguno de sus compañeros de juego, podía correr detrás de ellos hasta que le dijese *d'ahí, d'ahí*, que era un aviso para que se detuviese y desde ahí tenía que lanzar la pelota a sus compañeros.

... I després jugaven a «d'ahí d'ahí teuladí», que era córrer i amb una pilota d'eixes de corretja a pegar-te balonazos. I ahi si te toquen, tu has perdut. I tenies que anarte «d'ahí, ahí teuladí» i tenies que amagar-te. I a fer trastaes... (Entrevista, 20.A).

...a pilota «d'ahí d'ahí» que és un joc molt divertit. Si, éste agarrava ú, el que començava sempre era l'amo del baló, el qui havia portat la pilota. Si, l'amo del cotarro, entonces aquell agarrava i ens ficàvem tots, més o menys tots junts i l'altre tenia que tirar tot lo més que puguera amunt i quan baixava intentàvem tots agarrar-la i entonces el que l'agarrava es girava i era per pegar-li una pilotà al que fora, al que més prop tenia, clar. Quan l'agarraves eixies corrent i l'altre et feia d'ahí, i el que portava la pilota no podia pegar una passà més i entonces li tenia que tirar a ú. Si li pegaves bé, es rèiem tots, menos el qui havia rebut la teua pilotà, perquè

clar, aquell intentava agarrar la pilota pa pegar-li al que tenia més proa. Era un joc com pic i pala, com les boletes, el xavo negre, era lo que més es jugava... (Entrevista, 6.B).

5. OFICIOS CALLEJEROS

Si los juegos simbolizan bien el uso de la calle por parte de los más pequeños y es, en suma, su trabajo para crecer, también los mayores forman parte de ella trabajando. Desde nuestro inmediato presente, sorprende, que gran parte de las narraciones de las personas entrevistadas en el Cabanyal versen alrededor de los oficios callejeros, hoy en desuso o poco frecuentes, pero que todavía perduran en la memoria de nuestros entrevistados. Por tanto, la propia definición de la calle como espacio común, lleva implícita su uso como lugar de transacción económica. En la calle se cena, se juega, pero también se trabaja. En este sentido, seguimos rescatando la versatilidad de este espacio en el Cabanyal.

Múltiples personajes pueblan la calle con sus distintos oficios y funciones. Damiá (1970, 1973) ha recogido muchos de estos personajes en sus peculiares memorias. Así, recuerda al *femater* que regalaba una vez al año «un par de calabazas, unos cuantos boniatos y paquete de cacahuetes» [1973: 142] en agradecimiento por la basura. Lo mismo que relatan nuestros informantes:

Bueno, ací havia..., de matí passava el femater que venía de l'horta, en un carro... Femater era el del fem, que arreplegava el fem, i era cosa manual, moltes vegades entraven hasta la casa per a agarrar el fem i tirar-lo. I allà per Nadal te regalaven dos o tres boniatos, o un trosset de carabassa o meló o el que siga, sobretot carabassa i boniatos, que era un regal per guardar-li el fem que era fem bo. Fem de casa, no? (Entrevista 27.B).

Tu imagina't, en aquella època, els llauradors, els llauradors me netejaven les porcateres i els galliners a canvi de endur-se el fem (...) I quan veníem els melons, les carabasses i els moniatos, en agraïment et portaven carabasses i moniatos. Total, pa ells emportar-se el fem dels cerdos. Hui en

dia veus totes les bosses per al fem, entonces els llauradors venien a casa. Però era fem bo, no era de plàstic ni res (Entrevista, 20.B).

Pero no sólo *el femater* puebla las vías —con un peculiar sistema de lo que hoy denominaríamos reciclado ecológico—, la calle es ocupada por un sinfín de personajes: desde el *granerer* recordado por los informantes, hasta el paso del carro de la tierra o los siempre presentes traperos.

Després venia el femater, venia el llimonero, i la gent comprava el llimonets, l'home de la lejia, també passava un carro que era el carro de la terra per a escurar, que abans escuràvem... Tu escurar saps el que és? Sí, fregar los platos. En lloc dels detergents que hi ha ara, era un poquet de terra grogueta, entre arena i terra era... Sí, en un potet i te la servien en un potet, cinc cèntims o deu, i en això, pues te servia com un detergent, i això anava per la pila i no emboçava res perquè era una terra que se'n anava per la pila, per lo vist. Como fango, no? Venia el datilero... (Entrevista 27.B).

después estaven els traperos, que son els que compraven el cartó... però que te'l compraven i que canviaven cartó... I anaven en un carro ple de putxerets de ceràmica o amb coses... amb caços... Entonces te canviaven cartons i papers i tot això, per caxarrets (Entrevista, 7.C).

...havia... jo m'en recorde d'un home que feia graneres i li diem el granerer, clar, i passava pel carrer i deia... el granerer!, i entonces es feien les graneres de...ai! No sé... de palma, una palma seca, un grapat de palmes, amb un palo de madera, eh? Bueno les dones portaven un palo de madera i ell agarrava i tirava la granera bella, les palmes que ja s'havien gastat, no? I posava palmes noves, les enrollava amb una corda i les amarrava després. Ja tenien granera nova! Entonces no hi havien supermercats, eh!... (Entrevista, 38).

Entre los oficios más rememorados encontramos al sereno. Figura que destaca por su cercanía y función social y por su presencia cotidiana en la calle. Muchos de nuestros informantes han recordado al sereno dando la hora,

llamando para despertar a los vecinos o paseando por la calles de noche. Incluso han mencionado el nombre de algunos de ellos como el «tío Ximo» o el «tío Pepe». En cualquier caso, el sereno se nos muestra como un personaje no sólo querido sino también muy valorado.

(referidos a los serenotes) había uno que era el tío Ximo y luego otro que era el tío Pepe y ya, pues ya se terminó. «Ya ha pasao el tío Ximo», en el chuzo ese, ya estaba diciendo la hora que era, daba una vueltecita por el pueblo y se iba a casa el hombre. Otra vez, allá a la madrugada volvía a salir (Entrevista 29.B).

... entonces els serenotes, que en aquella época hi havia serenotes pel carrer, era molt amic de mon pare, je, je, je, passava per allí i com estava calentet... en el forn... (Entrevista, 28.A).

Estaban los serenotes, los vigilantes; que iba por la noche, iba con el chuzo ese... con un chuzo, un palo que llevaba un pincho arriba. Daba un golpe y: «Sereno, las doce», y decía las doce de la noche por eso, las doce y tú lo oías porque estabas en la cama. Y luego a esa misma gente, pues le dabas una propina, claro... Le pagaba el ayuntamiento, pero claro les dabas una propina. Y cuando había mucha gente que se tenía que levantar, pues eso... los pescadores y la gente que se levantaba pues a la una, a las dos, a las tres de la mañana... depende..., panaderos, gente que tenía... Pues le dabas una propina y él a la hora que le decías, a la una, a las dos de la mañana pues te llamaba a la puerta ¡Pum, pum!: «Fulano, que es la hora, ala»... (Entrevista, 7.C).

Pero, sin duda, si algo destaca en el imaginario colectivo son las numerosas referencias a un mercadeo de alimentos continuo en la calle. Diferentes productos, frescos o elaborados, para el verano o para fiestas, pero siempre acompañados por su anuncio repetitivo y sus gritos resonando en las calles y travesías: «El peixet, el peixet!», «Aladroc, aladroc fresc!», «Cacaus i tramussos, el cacauero!». Martorell ha recogido algunos de los nombres de los vendedores ambulantes, como el de la Llonguera que «fou un personatge popular que els matins de festa anava pels carrers venent «llongs» (espècie de

«panquemao» allargat), ensaimades i altres pastissos del que s'havia proveït al Forn de Villora, al carrer Sant Pere. Anunciava la seua arribada cridant: «La Llongueraaaaa» [2002: 84]. Damiá también nos brinda una peculiar visión sobre el cacauero con sus capazos colgando: «aparecía, al anochecer, por allá por el extremo norte de la calle de la Reina, por el *Cap de França*, portador de un farolillo de cristal, con mecha de aceite y balanceante» [1973: 136]. Nuestros informantes han recordado a la Llonguera y al cacauero y a otros muchos personajes que deambulaban por las calles con sus mercancías.

...después passava també, de quan en quan, això era una o dos voltes a l'any... un burro amb arrop i tallaetes... passava el burro amb unes alforjes i allí portaven uns canters que era pues frutes... posacs en... en això... fetes dolçes, vamos ... arrop i tallaetes, el carabaçat... I el que passava tamé era el que venía el aladroc passava també en dos poals... anava com eixos que ixen de Málaga i tot això, pues igual, passava amb un poal dient: «Aladroc fresc!» La gent eixia en un plat... i li ficaven el aladroc fresc... (Entrevista, 7.B).

Había otra persona que se llamaba la Llonguera, la Llonguera, que era pues, en vez de pescao, pues llevaba dulces y todo eso, pasteles. Los compraría en cualquier horno, y entonces iba, pues igual, vociferando «La Llonguera, la Llonguera!», y la persona que quería cualquier pastel, que le gustara o lo que fuera, salía y, nada, le compraba... (Entrevista, 3.B).

... també estava el cacauero allí totes les vespraes en estiu, a partir del mes de maig... totes les vespraes passava el cacauero. Era un home amb un cabàs que venía cacau i tramusos... i entonces anava per les cases del Cabanyal i la gent eixia i portava una mesura... un xavo de cacau... (Entrevista, 7.C)

La calle, pero también la casa abierta servía para la venta de género, productos de la huerta comercializados en las plantas bajas o la clásica estampa de las *cloxineras* en la época de recogida de los viveros. Imagen que todavía hoy podemos encontrar en alguna casa del Cabanyal.

Això li deien vivero de clòtxines i lo que feien també era els dissabtes i els diumenges a la porta mateixa venien clòtxines. Feien una parà de clòtxines, posaven una tauleta de fusta xicoteta amb un pes de estos de dos balances i els sacs, acabaetes d'agarrar les clòtxines, acabaetes de agarrar... (Entrevista, 7.C).

Ahora bien, la casa podía ser, al mismo tiempo, un lugar de intercambios clandestinos. La casa entonces se cierra, ocultándose lo que allí se hace, y silenciándose lo que todos saben. La fabricación de tabaco se hace a escondidas, de puertas para dentro, siendo un trabajo realizado en su mayoría por mujeres y perseguido duramente por la justicia. El contrabando de tabaco fue algo característico en los poblados marítimos durante el XIX, tal y como lo manifiesta Blasco Ibañez en *Flor de Mayo* (en su prólogo y su trama), y recuperado con fuerza en el XX. Tras la Guerra Civil, la supervivencia y el hambre volvieron a impulsar la fabricación de tabaco. El tabaco utilizado era «cosechado en Alboraiá o en la comarca de Xátiva. Hacían puros o picadura que envasaban en cajetillas cuyas fundas serán robadas por las cigarreras» [Sanchis Pallarés, 1998: 138]. Esta práctica, podemos decir que aún sobrevive en el Cabanyal y es fácil encontrar caliqueños producidos en la economía sumergida. Veamos cómo una informante relata su empresa casera de producción de tabaco y su orgullo por haber sido contrabandista, algo que nos dice ha definido siempre al Cabanyal,

Vamos a ver, hacíamos tabaco aquí en casa, hacíamos puros, venían aquí mujeres, y hacían aquí los puros las mujeres... bueno... y nosotros hacíamos el tabaco, no es tan fácil hacer... Se compraba el tabaco de unos campos de aquí cerca y venían... traían... se llamaban manillas (...) ¿eh?, aquí había varias mujeres, había temporadas de haber veinte mujeres trabajando, claro se necesitaban mujeres para despalillar, que es lo que te he dicho yo de quitarle...eso se llama despalillar... y las otras que se dedicaban a hacer los puros... Tenían sus mesas, en cada mesa había unas ranuras porque cada cliente quería un tamaño de puro, entonces según el cliente se cortaba el puro al tamaño que deseaba por encargo. Además era en cantidad, no es que se vendían veinte puros... ni nada, era

en cantidad... Si, bueno eso fue una época, una época del 40 y eso, del 40 al 50, 1940, 1950... en esa época es cuando más hubo aquí... De todas maneras esta zona del Cabanyal, Canyameler es así, de... contrabando, esta zona es de contrabando, toda la vida ha sido contrabandista... y yo estoy tan orgullosa (Entrevista, 38).

6. LUGAR PARA ENCUENTROS

Así como la calle es un lugar de comensalidad y sociabilidad, de diversión y trabajo, también es un lugar para amar, reflejado en lo que los habitantes del Cabanyal llaman *festejar*. La calle se transforma en un ir y venir de jóvenes que pasean arriba y abajo, en grupos, divididos por géneros, y en busca de pareja. Las calles Chapa y Reina se convierten en los referentes fundamentales para el paseo. La primera es rememorada por los informantes más mayores, la ubicación en la misma de cines (el «Victoria» y «La Rosa») y teatro («El Dorado»), donde nuestros informantes nos han hablado de los espectáculos y varietés que allí se hacían al terminar la sesión de cine⁵⁷) la convirtió, hasta su desaparición en la Guerra Civil, en un centro de reunión común de los jóvenes que se desplazaban al Grau para sus diversiones. De hecho, Damiá dedica en sus memorias tres capítulos a la calle Chapa [1973: 17-36]. Pero, sin duda, la calle de la Reina destaca como el lugar más recordado y preferido para dar los paseos de los jóvenes.

... Lo que feien en aquella época era passejar pel carrer la Reina, els dissabtes i els diumenges... per l'acera les pandilles de xics i xiques... era com si fóra una processó. Era tot el carrer de la Reina, l'acera d'ací pa anar i l'acera d'allà pa tornar... En Semana Santa com el desfile es feia en el carrer de la Barraca, en Pascua el passeig eixe era al carrer de la Barraca... (Entrevista, 13).

La gente joven salíamos a pasear (...), paseábamos por la calle de la Reina. La juventud nos conocíamos, los chicos, las chicas... (Entrevista, 36.B).

⁵⁷ Tanto Damiá (1973) como Sanchis Pallarés (1998) recogen este aspecto.

...Sí, la, la calle La Reina era la calle principal, era donde el paseo, donde iban a pasear las chicas y los chicos, ¿eh?... por regla general era la calle La Reina (Entrevista, 19.B).

Los paseos y el *festejar* se completaban con los encuentros en el baile o en el cine. Nuestros informantes apuntan que «la única diversión era ir al cine, al baile o eso, ya no había nada más». Baile en la calle, con las verbenas de barrio y sus pasodobles, o en establecimientos dedicados a ello, destacándose Las Arenas como un espacio privilegiado de encuentros (Volveremos a ello más adelante).

En muchas calles hacían baile «¡oye! Hoy en la calle San Pedro hacen baile» A veces en verano habían seis o siete calles que hacían baile, ¿sabes? Ibas ahí a bailar, o bien aquí o bien allá (Entrevista, 31).

Si el feien, el ball el feien en el carrer des del cantó del cine de la Marina hasta..., hi havia un bar que li deien Royalty i ahí es on s'amagavem quan venia l'inspecció i el altre era com un (...) i en aquella època si anaves al ball, malament... (Entrevista, 14.B)

Mira, ací hi havia dos balls molt importants. Un es deia «El Caribe», que era allà... que era allà on la falla el Caribe, en el carrer Doctor Lluç al final, on està lo de l'ajuntament, al costat. Ací hi havia unes naus grans i ahí era el ball nostre. I ací al carrer Escalante... en el mercat, hi havia una finca que era un almacén gran hi havia un altre ball. Gran, però grandíssim. I no, si volies anarte'n et tenies que anar a València. Però amb eixos dos ja tenies prou (Entrevista, 20.C).

Los cines, articuladores como hemos señalado, de paseos, quizás son de los lugares más evocados tanto en la niñez como en la juventud. En todas las entrevistas realizadas, los cines o el cine han ocupado un lugar privilegiado en la memoria. Sanchis Pallarés habla, aparte del ya referido Dorado, de los siguientes «el Escalante, junto a la acequia del Gas, derruido por un bombardeo en 1937, y el Alambra, que estaba en una de las naves de las Atarazanas

y que también fue bombardeado. Además, le sobrevivieron el Marina (en la calle de la Reina, donde además se hacía teatro y concursos) y el Musical, junto al Rosario. Posteriormente se construiría el Marfil (más tarde Merp), en la calle José Benlliure» [1998: 152]. Numerosos informantes han dado una lista de las salas de proyecciones que existían en el marítimo,

Si claro perfectament, me'n recorde que hi havia el cine de la Marina, el Imperial, el Lírico, el Llevant... El Lírico entonces es deia Benlliure... (Entrevista, 14.A).

No, no un que estava en la Malvarrosa, el cine Imperial; ací en el carrer de la Reina, el cine la Marina; després en el carrer José Benlliure estava el Merp; ahí en el Rosari, que ara encara está, l'han reformat, que es diu el Musical, que l'han reformat, jo aní quan era cine; després estava el cine Benlliure en la avenida del Port; davant del cine Benlliure hi havia un que es deia cine Victoria; una miqueta més cap a dalt, on desvien ara els cotxes, allí estava el cine Levante... Ací ha hagut cines, que entre setmana no tenies prou dies per anar a vore tots el cines... (Entrevista, 28.B).

Mira, el Cine Imperial és este cine que hi ha ací al carrer de Escalante. Ahí, eixe carrer, ahí feren una casa per a fer gimnàsia, que està parat. El cine Imperial era ahí. I entonces ací teníem el cine Imperial al carrer Escalante. En el carrer de La Marina el cine La Marina. En el... entonces hi havia un carrer que es deia el carrer Xapa, allí en la cantonà estava el Cine Dorado. Dorado. I després en el camí del Grau, on està l'església, en els dos cantons... això era una finca gran. I això era el cine Benlliure. I darrere, que eren uns solars, hi havia un almacén que era... en un almacén, que era el cine Victoria. Tots eixos cines eren els que hi havia ací en el Cabanyal (Entrevista, 20.C).

Y han recordado con cariño las tardes inacabables de películas, los precios, las meriendas, el NO-DO o la necesidad de contar con carabina para poder asistir con la novia o el novio (y las estrategias para evitarlo). Sin duda, la gran pantalla marcó de forma intensa la vida de nuestros informantes antes de su paulatina desaparición con la llegada de los nuevos tiempos y la televisión.

Nos daba igual uno que otro... porque en cada uno echaban 3 ó 4 películas... eso eran... el nodo, tres películas y el trailer de la semana que viene. Y allí estábamos hasta que nos caíamos de culo. Ahí pasábamos toda la tarde... hasta que... que se hacían las 8, pues a casa (Entrevista, 21.A).

Una peseta y entrabas a las 3 y salías a las 12 de la noche y estabas calentito todo el rato. ¡Venga películas!, hacían tres o cuatro películas” (Entrevista, 23.B).

Pues cuando teníamos dinero íbamos al cine Imperial. Yo me llevaba a mi hermanita porque solos a los novios no nos dejaban ir, tenías que llevarte compañía. Y mi hermana no quería venir conmigo, quería irse con sus amigas y muchas veces ‘¡jala! pues vete con tus amigas a tal sitio y a tal hora vienes’ y mi marido y yo nos íbamos al cine, al Imperial. ¡Ya ves! al cine y luego volvíamos a recoger a mi hermana y nos íbamos y mi madre se creía que había estado toda la sesión con nosotros (Entrevista, 29.A).

En el cine con la carabina y el control era por los padres... que... era esa forma de pensar (Entrevista, 24.A).

7. LAS FIESTAS EN LA CALLE Y LA CALLE DE FIESTA

Las fiestas juegan un papel principal en la calle y la calle se transforma en el espacio por excelencia de la fiesta. La Semana Santa, las fallas, las fiestas de San Pedro, San Roque, San Juan, etcétera han llenado buena parte de nuestras entrevistas. Sin duda, la más significativa es la Semana Santa Marinera. La importancia asignada por nuestros informantes y el especial valor otorgado a la misma la convierten en un significativo vehículo de identidad en el barrio. De hecho, la Semana Santa se constituye en la fiesta por excelencia, en la fiesta grande, en su *Festa*.



Foto cedida por la Familia Insa Pérez. Fiestas San Pedro, 1944

Ahora bien, comenzaremos por recordar las fiestas de verano que se celebraban en distintas calles del Cabanyal y que con los años han ido desapareciendo. Las tradicionales orquestas y verbenas son evocadas por numerosos informantes como uno de los espacios más característicos de entretenimiento. La «fiesta en la calle» era un lugar para encuentros y el «baile» todo un acontecimiento. Fiestas que se iban repitiendo de calle en calle, aunque las más recordadas han sido las de la calle San Pedro.

Les festes eren una maravilla... pues les festes més o menos com... vamos para entonces pues eixos carrers pues ... Sant Roc, Sant Ramon, Sant Pere... tots tenien una... i que passa, que cada carrer feia la seua festa. Venia a buscar a les ties, i entonces deia: ala a la festa!...Ah!, cada carrer tenia la seua... Si deien, que son festes en el carrer Sant Pere i la gent, claro, tot el poble al carrer Sant Pere. Porque, porque el carrer Sant Pere montava allí una orquesta, era un orquesta entonces, orquesta! I claro la festa, es posaven banderetes i allí tot el món amb banderetes i amb palmes, i bueno, i... la festa, claro, allí es passava bé (Entrevista, 16).

En la calle San Pedro siempre había fiestas como una verbena, una semana que era las fiestas de la calle, bailábamos, música, cabalgata, hacían cabalgata o disfraces, cosas de esas... Ahí de fiestas en las calles, cada calle tenía su fiesta (Entrevista, 19.A).

Y antes hacían fiestas en las calles, por ejemplo en una calle que se llama calle San Pedro, que ahí siempre han hecho fiesta, el día de San Pedro han hecho fiestas, y verbenas... (Entrevista, 14.A).

Home, al carrers... en el carrer Sant Roc antes feien la festa de Sant Roc, que tancaven el carrer i els festeros arreglaven tot això. Però ja s'ha perdut... ara ja no la fan més. Uiii! El Sant de Roc, com el carrer es deia Sant Roc, treien el Sant Roc, el passejaven, i a ballar. Contractaven una orquesteta i a ballar. I així era la festa... (Entrevista, 15.B).

Las fallas también han ocupado un lugar destacado, varios informantes han relatado, como en algunos años por las cercanías de las fiestas, colgaban en el armario el traje fallero para descolgar el de «granadero». Ambas fiestas han sido compatibilizadas por numerosos cabanyaleros: «sempre he sigut fallero i he eixit en Setmana Santa» o «Ací falles i Setmana Santa, hi ha diners pa tot! Hi ha diners pa tot. Les falles, Setmana Santa i tot». Ser falleros «de siempre» parece reforzar la importancia de estas fiestas. Además muchos han subrayado que «Ací es viuen molt les Falles».

Vaig ser fallero sempre, ja et vaig contar que tots els nanos érem falleros, hi havia una muntonà esperant que ens donaren els trons de bac, que eren els petardos que es tiraven un bac a terra, entonces, totes les dones abans de Sant Josep enjavegaven... (Entrevista, 6.B).

Jo sempre he sigut fallero. Sempre he sigut fallero. Mon pare en la falla i totes les meues germanes sempre han sigut falleres. Tota la meua família som falleros. I hui en dia encara. Jo, les falles sempre han sigut... (Entrevista, 11.B).

Con todo, las fallas conmemoradas poco tienen que ver con las de hoy en día. Nuestros informantes han relatado cómo buscaban objetos y trajes viejos

para montar sus propios monumentos, actividad en la que se pretendía la implicación de todos.

No eren igual. No eren tan grans, però les Falles sempre han sigut... L'únic que passa es que ara tot es fa de cartó i tot això i antes el ninots els fèiem... imagina't que fèiem el ninot. El cap, tot arreglat, el braços i una bata... o un pantaló. Amb roba i tot. I ara ja com està el plàstic eixe blanc que el motlles i tot, i ara són grans... entonces no. Però les Falles sempre... amb menos qualitat i amb menos diners... Però les Falles sempre han sigut... (Entrevista, 20.C).

A los *ninots* de la fallas se les vestía con ropa, con ropa, no eran muñecos pintados. Con la ropa vieja... (Entrevista, 34)

De tot fèiem en la falla... estaven ficant la teulada... «No! Amb un palo feiem aixina!». I entre els cinc l'alçavem, perquè encara no les feien... (Entrevista, 12. A).

Si bien todas estas fiestas han dotado de identidad al barrio, la fiesta más señalada entre los *cabanyalers* es la Semana Santa Marinera. Parece incluso existir una jerarquización implícita entre las distintas fiestas: «la Setmana Santa sempre ha sigut, de forma que digam... després ja les falles» (Entrevista, 6.A). En este sentido, podemos decir que la Semana Santa se constituye como un importante referente de «identidad diferenciada». García Pilán señala como «el mar, viejo y peligroso espacio de supervivencia, se ha convertido hoy en un lugar para la memoria, en un inagotable manantial de identidad» [2006: 51], de ahí que la Semana Santa venga calificada, significativamente, de Marinera⁵⁸.

⁵⁸ De hecho, en algunos actos el mar forma parte imprescindible. Por poner sólo un ejemplo pensemos en el traslado del Cristo del Salvador a la orilla, la mañana del Viernes Santo.



Foto cedida por Teresa Estrela. Sayon, 1946

Pero, quizás, lo mejor para entender la importancia que adquiere es ver cómo la definen. En sus palabras la Semana Santa: «És molt bonica», «Això és per a vore-ho», «Meravellosa és meravellosa», «És la més bonica d'Espanya», «lo millor del món», «Per a mi és una de les setmanes millors que hi ha, per a mi es la que més», «la Semana Santa, ¿no has visto la de aquí? Es una maravilla hijo, es una Semana Santa preciosa». Para hacernos una idea de su importancia, sirva lo que nos contaba una informante acerca de una amiga suya. Al ser una persona mayor y con dificultades había sido ingresada en un residencia por sus hijos, lo peor para ella de este hecho es que los hijos no la traen cada año a ver la Semana Santa, para un/a *cabanyalero/a* eso es «massa», «ni la duen a Setmana Santa, ni la duen! pos molt malament» (Entrevista, 11.B). Además, según nos han relatado la Semana Santa, era aprovechada en muchas familias para estrenar ropa y zapatos y para engalanar las casas. Este último aspecto es recogido en las memorias de Damiá en las que nos narra cómo en la Semana Santa «era frecuente ver que las mujeres pintaban con cal las fachadas de casas y barracas» [1970: 167].

El Cabanyal sin la Semana Santa no se puede pensar, del mismo modo

que la Semana Santa no se puede entender sin conocer el Cabanyal. No es difícil encontrar referencias a la fiesta entre los autores que se han aproximado al Cabanyal bajo distintas miradas. Por poner algún ejemplo, Blasco Ibáñez dedica íntegro el capítulo quinto de *Flor de Mayo* a recoger esta fiesta –eso sí, con grandes dosis de ironía y sarcasmo⁵⁹– o Monzó Expósito nos brinda tres cuentos en torno a «*Sajons, granaeros i vestes*»⁶⁰. En el prólogo a los mismos el autor nos dice «La nostra Setmana Santa té colorit, música, alegria, barroquismo, además de fervor i passió, que, com haurà vist, ho demostra la quantitat de devots penitents que van darrere dels Natzarens i Crists de cada parroquia el dia de l'Enterrament» [1970: 31].



Foto cedida por la Familia Insa Pérez. Procesión en la Calle San Pedro, 1954

Muchos han insistido en que son sensaciones difíciles de explicar para el que no las «siente», para el que no las «vive» como algo suyo, enfatizando, de este modo, el carácter identitario y particular de la fiesta. Todas las personas entrevistadas han hablado de las procesiones, las imágenes, las viejas disputas de antaño...

⁵⁹ El capítulo empieza describiendo la fiesta de esta forma «los más grotescos figurones asomaban en las esquinas, como si, barajándose el almanaque, Carnaval hubiese caído en Viernes Santo» (Blasco Ibáñez, [1923] 1999: 135).

⁶⁰ En el libro existe otro sobre la Semana Santa denominado «El Sajonet».

El recorrido de la Semana Santa, es como toda la vida, travesía de la Marina, calle Escalante y calle de la Barraca hasta el puerto y dan la vuelta. Siempre ha sido así hasta hace cinco o seis años que cambiaron las normas, ahora salen de la iglesia, calle la Remonta, calle de la Reina hasta la Av.del Puerto y dan la vuelta, claro son las tres parroquias que se juntan, yo lo comprendo... La parroquia de Santa María del Mar, la de la Av. del Puerto, la del Rosario, que es la del Canarymelar, y nosotros la de los Ángeles (Entrevista, 8.B).

Granaderos, Vestas, Ronquinos, Sayones y Petrolianos, porque es que los Vestas repiten mucho, muchas imágenes van con Vestas. Y después está la gente que hace promesas. Mira... el Cristo de San Salvador que está en la Iglesia de los Ángeles, lo rifan el día que es su fiesta, que es el nueve de Noviembre, sale la procesión, salen las clavarieras, esto toda la vida, va la música detrás de ellos y luego, ese día, rifan las imágenes. En una bolsa o un saco meten los nombres, por ejemplo la familia tal..., nosotros lo hemos tenido tres veces en casa, ¡eh!... la familia cual... Este año ha estado en la falla del Beteró porque entre los falleros sacaron un nombre. Esto se hace entre la gente del Cabanyal y todos quieren tener al Cristo. Entonces este año ha tocado ahí, pero eso lo rifan y lo sacan y lo llevan a la casa y está diez días en la casa, le hacen como si fuera una capilla, adornas la casa, bueno ¡una maravilla!... Está la Virgen de los Dolores, el Nazareno, el Cristo San Salvador, otro Cristo que hay que se llama del Perdón, el Cristo Jesús en la columna (...), luego está el Cristo de la Cruz y el Cristo Redentor... Otra cofradía y todas allí se juntan. Luego está la del Canarymelar que es la del Rosario y Santa Maria del Mar que es la del puerto, cada iglesia tiene sus cofradías, una igual tiene cuatro, la otra doce,... y así se juntan el día del entierro y el del desfile. El día del entierro es Viernes Santo y el del desfile es el Domingo de Pascua, que es la Resurrección. Toda la semana desde el Viernes de Dolores, que ese domingo es Domingo de Ramos, sale la Virgen de los Dolores y ese día ya hay procesión, los granaderos, y luego el Domingo de Ramos se visten todos para bendecir las palmas o el olivo,... y luego ya todos los días hay algo (Entrevista, 9.A).

Los informantes nos han señalado cómo han participado en las mismas como espectadores o como miembros de cofradías. Muchos han remarcado que es toda la familia quien participa de la fiesta y que es una tradición que pasa de padres a hijos.

En la Semana Santa, mis hijas, mi yerno y mi nieta salen en Semana Santa (Entrevista, 23.A).

Totes les meues germanes també estan en una cofradia, totes les germanes meues... Ací davant hi ha una cofradia... totes les meues germanes també cixen en Setmana Santa (Entrevista 20.C).

Mosatros entre cosins i germans aplegarem a eixir sis o set, isquérem en Semana Santa, dos de Granaeros i les xiques de imatge. Les meues germanes eixien de imatges i una cosina meua també, i mosatros i els meus cosins eixiem de Granaeros (...) avui en l'actualitat una neta meua encara ix en els Granaeros (Entrevista, 28.A).

En cualquier caso, cabe señalar, que existe una clara unanimidad al reconocer que la Semana Santa Marinera es «algo más que una fiesta». Tal y como ha señalado Huguet, «la Setmana Santa, com manifestació cultural però també com expressió del sentir comunitari, és una de les formulacions populars més arrelades en la nostra terra» [2006: 43]. Con todo, García Pilán (2007) ha realizado una espléndida investigación sobre la Semana Santa y, en esta ocasión, nos remitimos a ella por ser un trabajo monográfico sobre la misma.

8. ESPACIOS COMUNITARIOS

Si bien, a lo largo de todo el capítulo, hemos tratado de definir la calle como espacio de intercambios intensos, es necesario concretar, dentro de este macro espacio, pequeños espacios comunitarios que permanecen en la memoria de nuestros entrevistados de forma especial. Estos mojones se re-

construyen atribuyéndoles un lugar referencial como espacios de identidad y sociabilidad. Son retales de una memoria colectiva, que nos dibujan el Cabanyal del pasado.

Las acequias destacan no sólo por ser marcas importantes para delimitar las distintas partidas y configurar rasgos identitarios, sino también por las historias que se narran a su alrededor. Destaca, el uso de la acequia como lavadero. Blasco Ibáñez lo describe bien en *Flor de Mayo* ([1923] 1999: 126) y Damiá explica cómo en 1912, con la llegada del adoquinado, «se taparon las acequias en cuyas sucias aguas lavaban las ropas las mujeres» (1973: 51). Pese a que casi ningún informante ha presenciado el hecho de lavar en la acequia, el referente de la acequia del Gas se ha repetido de forma recurrente, o bien por haberlo oído en su casa o bien por las fotografías que existen de principio de siglo donde se ve a mujeres lavando.

...o sea, que las barracas, pues a la acequia iba todo, pues, lo que lavaban y demás, lavaban en la acequia del Gas, lavaban, ahí, en la calle La Reina, ahí lavaban las mujeres. Bueno, eso yo no lo he conocido, eso yo lo he visto y lo que me han dicho, en las fotografías que he visto de entonces. (Entrevista, 19.A).

En cixa sèquia, la sèquia d'Engas, per exemple, n'hi han fotografies on es veu la gent llavant, les dones llavant en la sèquia (Entrevista, 5.B).

Lo que sí han vivido nuestros informantes son los lavaderos públicos situados en distintos puntos del Cabanyal⁶¹. Antes de que llegara el agua corriente a las casas, los lavaderos y las fuentes eran lugares habituales de reunión. Era común ver a las mujeres «cargadas con enormes cestas de mimbre repletas de prendas o ropas de cama, para hacer, la “bugada” (popularmente “bugà”)), a los lavaderos públicos» [Marorell, 2002: 158]. Las pilas para lavar se convierten en importantes lugares de encuentro para las mujeres: no sólo se trabaja duramente, sino que también se aprovecha para relacionarse con otras mujeres.

⁶¹ No sabemos el número exacto de lavaderos, Sanchis Pallarés señala cuatro [1998: 138].

Aquí al volver, que eso es una plaza, aquí a la derecha, la plaza, eso era un lavadero y ahí íbamos a lavar y lavábamos la ropa y nos pasábamos la mañana lavando. Digo: ¡Ay si no sabes qué es no tirar la ropa! Y ¡jala! nosotras al lavadero, a lavar (...) ¡Uy! charrando, íbamos a lavar... (Entrevista 29.A).

El safareig eren, bueno el llavaor, vull dir. Antigament quan jo era menuda en les cases no es solia llavar, si es llavava seria supose alguna peça menuda, però per exemple els llançols, la roba de llit i les tovalles, lo que era més pesat s'anava... Mosatros teniem al cantó de la caseta, que jo t'he parlat, eh! vull dir en el poble, en el barri hi havia, eh! Diferents zones on hi havia safareig, o siga, mosatros teniem uno al cantó mateixa de casa. Era una planta baixa i tu llogaves la pica, l'aigua o lo que fora, no? Jo no recorde ara lo que se podria pagar, però si que recorde, si que he sentit dir... Bueno jo anava, normalment acompanyava a una xicota que estava en casa, que venia a ajudar a ma mare en la casa, i ella era la que anava a llavar i s'enduvia la roba en una ferrà gran metàlica i... i llogaven lo que fora. Jo recorde que hi havia qui llogava una pica pa d'ella. Hi havia una zona, una espècie de bassa més gran que era digam més comuna, i després pa rentar i tal, o siga, hi havia diferents bases grans en aigua i després piques a banda que tu podies llogar-te'n una. O siga hi havia una distribució de coses, de tasques allí a fer i la gent, segons les seues possibilitats, pos ho feia de una manera o d'un altra. I esta xica que venia a casa anava a fer..., això. I bueno eixe llavaor estigué tancat hasta no fa molts anys, o siga primer funcionava, després ja no, clar després començaren a apareixer les rentadores i tot allò i... i ara per exemple hi ha un casal faller en la planta baixa, però si que... al cantó de casa... (Entrevista 5.B).

Pues yo iba, cuando vivía en la calle Escalante a un lavadero que había ahí al final de esta calle, dónde está el semáforo, ahí había un lavadero. Y ahí iba yo porque me pillaba cerca de mi casa. Y luego ya pusieron agua potable en las casas porque antes eran pozos (...) Había muchas pilas. Tenías una grande y una pequeña de lejía. Y la grande para lavar. Y a veces ibas, estaba completo y les decías: «¿Vas a terminar pronto?» «*Pos sí*» «Pues la quiero yo». Y así. Te llevabas una cesta llena de ropa sucia,

pero cuando te la llevabas, y yo era muy jovencita, cuando te la llevabas a casa mojada, pesaba... ¡ni sé sabe! Pues yo solita me la llevaba a casa (Entrevista, 12.B).

Junto con los lavaderos, las fuentes se convierten en otro punto de confluencia. Muchos informantes han contado cómo en los patios de sus casas tenían pozos lo que les evitaba salir a por agua para lavar o limpiar, pero para beber acudían con cántaros a recoger agua potable. El Cabanyal contaba con diferentes fuentes, y su agua es definida por su calidad y frescura. El propio Blasco Ibáñez realiza en su novela distintas alusiones a la fuente del Gas, sirva a modo de ejemplo: «los grumetes con el cántaro al hombro, enviados por la tripulación, cansada del líquido recalentado de los toneles y deseosa del agua fresca de la font del Gas» ([1923] 1999: 202) o el personaje de Tona cargada con el cántaro gritando por la playa «Al aigua fresqueta!, sacada de la fuente del Gas» ([1923] 1999:112).

Nosotros íbamos con cántaros, hay personas que se hacían un carrito, que ahí cabían dos o tres cántaros... En la plaza de los Ángeles había una fuente que pasabas así y salían dos caños de agua y ahí tenías que ponerte porque no había otra fuente. Luego más aquí a la calle Escalante, había otra potable... (Entrevista, 7.A).

Tanto en la actual plaza del Cabanyal de antes, como en la avenida del Mediterráneo, había fuentes abundantes y con agua de muy buena calidad (...) Hay indicios de que en los primeros siglos fondeaban algunos barcos muy cerca de su desembocadura para coger el agua, y en el XIX, la acequia tiene gran importancia (Entrevista, 16).

Pero, sin duda, el Mercado destaca como lugar imprescindible a la hora de configurar el Cabanyal. No sólo por la cantidad de personas que han trabajado, directa o indirectamente en el mismo, sino porque constituye un claro elemento identitario. En primer lugar, destaca el antiguo mercado ubicado en origen en el centro del Cabanyal y situado en la actual plaza de Don Lorenzo la Flor, donde muchos han crecido y donde han evocado sus puestos y los personajes que lo poblaban, como las freidoras.

Primero al mercado de la calle Escalante, que era el antiguo mercado del Cabanyal, donde hoy está Don Lorenzo la Flor, y ahí hacían el mercado antiguo, lo quitaron de ahí y se fue donde está ahora (Entrevista, 1.B).

El mercado del Cabanyal estaba en la calle, en la calle... se llama la calle Mayor. En lugar de donde está, estaba en la calle.... no es José Benlliure, en la calle Escalante. Estaba en la calle Escalante el mercado del Cabanyal que ahora han hecho un jardín de lo que era el mercado y han puesto una estatua (Entrevista, 23.A).

El Mercado del Cabanyal. Había aquí un mercao que estaba en la calle Escalante. El Mercado del Cabanyal, el antiguo. Ese lo conocí yo, cuando era un niño. Era un mercado popular, ¿cómo te diría yo? Era un mercado popular, era muy antiguo, todavía existían las freidoras. Las freidoras eran aquellas personas que hacían bocadillos, pero no de fiambre, de frito, o bien de tomate, o de embutido... y lo vendían en el mismo mercado y se llamaban «des fregidores»... (Entrevista, 34).

El Mercado nuevo, inaugurado tras la riada en el año 1958, se convierte en un espacio de orgullo y prestigio, de intercambios y coincidencias. La fama de la calidad de sus productos y la importancia que le asignan nuestros informantes, como uno de los mejores mercados de Valencia, lo convierten en uno de los lugares más emblemáticos del Cabanyal. Junto a él destaca la importancia que se le concede al mercadillo de venta ambulante.

Muy bonito. Y muy grande, porque aquí, como sea, porque lleva el pescado fresco, sea por lo que sea, la gente de todos los alrededores va ahí. Y ahora, el mercado es muy importante. Puede que sea el más, quitado del Mercado Central, quizás sea el mercado más importante este (Entrevista, 18).

El mercat del Cabanyal vés a voré'l. Si anares hui, t'encantaria. Molt gent, dels més importants de tota València. Molt bò, molt bò... (Entrevista, 11.A).

Perquè aquí, clar, vas al mercat del Cabanyal i ho tens tot fresc!, del dia anterior pos ho tens, la sèpia, els polpets, tot. Entonces aquí pos en qüestió de peix, lo que vulgues! (Entrevista, 23.A).

En el mercado vendían de todo, luego había los jueves igual que ahora hay y vendían en la calle. Vendían de todo: verdura, ropa no, ropa... ha sido después. En la puerta del mercado había un puesto de alpargatas, había otra parada vendiendo un poco de ropa, había una parada de una mujer vendiendo alhajas, que se las vendían a ella y luego ella las volvía a vender, pero así como ahora venden ropa no... (Entrevista, 23.A).

9. LA HUERTA Y LA PLAYA

Con todo, y pese a que la vida gira en torno a las calles y las casas, dos espacios abiertos se construyen como referentes fundamentales del Cabanyal: «Teníamos el mar y teníamos la huerta». La huerta y la playa no sólo funcionan como límites del Cabanyal (por el oeste y el este) sino también se erigen en espacios por excelencia para el trabajo y el disfrute. Si bien el Cabanyal se define como pueblo de marineros, la huerta que lo rodeaba hace que se establezcan muchos lazos con ella. Como señala Sanchis Pallarés, pese a que Poble Nou de la Mar sea caracterizado como un pueblo de pescadores y «aunque ésa sea la impresión óptica dominante, también disponía de 1040 hanegadas de huerta; de ellas, 314 de regadío, 282 de secano, 294 de viña y 150 de olivares» (1997: 89). La mejor descripción de dicha huerta, como ya adelantábamos, nos la ofrece Morales San Martín (1905).

Los campos que rodeaban el Cabanyal ofrecían a sus vecinos los productos de forma directa. O bien se adquirían por el tradicional sistema de trueque o bien se compraban directamente a los labradores, en un intercambio continuo de víveres. Ir a la huerta a abastecerse era una imagen típica. También los más pequeños correteaban por los campos y a veces, con el consentimiento o no de los huertanos, se hacían con sus frutos.

Si, sí, a la huerta. Venía cargada con pollos, con... bueno, con todo lo de la huerta, y con dinero. Padecer de hambre nunca hemos padecido,

aunque en aquella época era difícil. Difícil, te lo puedo asegurar. Yo cada vez que veía a mi abuela por allá, que venía cargada con las cestas, ¿sabes? Llena de col, llena de... llena de pollo o alguna cosa de estas, que venía llena, ya iba yo corriendo a la *estacioneta* de La Cadena a ayudarla, cogerle la cesta y traerlo con una ilusión extraordinaria... (Entrevista, 3.A).

Allí venien molt, la gent que venia eren llauradors porque, bueno, en aquella època l' Horta estava molt al costat i venien llauradors a vendre els seus productes. No és com ara, que sí, que en el de ara hi ha algún llaurador, però la majoria són diguem intermediaris, porten el gènere d'altres llocs i etcètera, però llauradors, llauradors ja no en queden molts. (Entrevista, 5.A).

...I això. I després lo que te comentí d'anar altres dies... anàvem pues a Vera, i allí en Vera també se portàvem el berenaret. Resulta que quan passaves pels camps hi havia plantaes cebes, o hi havia lletugues i alguna tomaqueta que altra, i entonces passaves per allí i a vegaes li déiem a l'amo: «Ei, tio Vicent, que anem a agarrar dos... dos lletuguetes i un parell de cebetes!» I l'home: «Agarreu lo que vullgau, xiquets!» I hi havia altres vegades que no es... (risas) que no es deia res... (Entrevista, 3.B).

Pero, además, la huerta en Pascua se convertía en uno de los lugares tradicionales para ir a tomar la mona con los grupos de amigos. Las cuadrillas se organizaban y se aprovechaba la ocasión para intentar buscar pareja.

En la época de Pascua era muy común coger la merienda e irnos al campo, a la huerta (...) formábamos una peñita e intentábamos todos conocer a chicas para, íbamos a eso, a saltar a la comba, jugar a prendas y cosas de esas (Entrevista, 10).

Tenien que ser les xiques, organitzar, perquè recorde que era per, sí, ara pa pasqua, el Diumenge de Resurrecció quan s'acabava la festa, de tota la festa acabat, claro venia la Pascua, tenien que organitzar quadrilles i festes per anar a l'horta (Entrevista, 25.B).

La playa es el espacio por excelencia del Cabanyal. No sólo por ser lugar de trabajo, reflejo de la vida marinera de este pueblo de pescadores y pescadoras, sino también por ser lugar de esparcimiento «allí tu ibas por la mañana y alquilabas unas mesas y unas sillas y, a lo mejor, por un duro estabas todo el día allí; los crios entrando y saliendo a por agua a por esto, a por lo otro, porque entonces los merenderos estaban en la misma orilla de la playa» (Entrevista, 23.A).



Foto cedida por la Familia Insa-Peréz. Playa de las Arenas 1950

Dentro de la playa destacan Las Arenas y las Termas. En origen el balneario de Las Arenas, construido a finales del XIX, es un lugar para la distinción social [Corbin Ferrer, 1994; Sanchis Pallarés, 1998]⁶². Pero con los años, Las Arenas irá perdiendo ese estigma clasista⁶³ que le vio nacer y se convertirá en el lugar preferido y más frecuentado por los cabanyaleros. El hecho de delimitar la zona de la playa con vallas hasta el mar («Les Arenes, tenia una valla grandíssima, que aplegava hasta la mar, de madera, pels dos costats, pa que la gent de la platja no puguera entrar a les Arenes», Entrevista, 17.B) no

⁶² Ver capítulo I.

⁶³ Hoy, como ya hemos señalado, ha vuelto a sus orígenes convirtiéndose en metáfora del proceso de gentrificación. En palabras de nuestros informantes: «eso que han hecho ahora... ¡eso es *pa* los millonarios!».

era un obstáculo para nuestros informantes que buscaban las estrategias para pasar con total impunidad de un lado a otro.

...mira Las Arenas... ahí había unos baños... y la playa siempre estaba vallada a los dos lados (...) Si a los dos costaos, pero hasta dentro del agua... Si no podías pasar... de una parte a otra podías pasar, pero bien dentro en el agua... (Entrevista, 35).

Estaba vallado, pero nosotros pasábamos. Estaba desde los años veinte. Es que en la playa, estaban Las Arenas (...) y ponían una valla hasta la playa. Claro, a Las Arenas no podías entrar porque no llevabas ticket, pero en la playa siempre había alguien que decía «yeh» y te volvías, pero pasar, pasabas, y después haciéndote el tonto pasabas a la otra parte, te colabas y pasabas (Entrevista, 1.A).



Foto cedida por la Familia Iranzo. Balneario de las Arenas, 1930

Pero las mayores evocaciones se centran en la época de la juventud, cuando se acudía a Las Arenas para asistir a los bailes, las actuaciones y el cine. La mutabilidad del espacio de Las Arenas hace que sea recordado como uno de los lugares emblemáticos del Cabanyal: «...a una banda hi havia una pista de balls, els diumenges feien ball i entre semana feien cine, possaven cadires i feien cine» (Entrevista, 4.B). El balneario y su «*Cau d'artistes*» ha marcado el entretenimiento del pasado de los poblados marítimos,

El pueblo iba allí a Las Arenas, allí había, eh... recuerdo que los fines de semana se hacía una cosa que era Cau d'artistas, que quería decir que los aficionados, los noveles pues salían allí y...y... cantaban o contaban chistes, o lo que sea, y el público que nos habíamos llevado la cena de sobaquillo muy sencilla y muy... muy típica pues cenabas allí a la fresca y pasabas un rato agradable... Eso eso no volverá quiero decir, eso no volverá, je,je, como las oscuras golondrinas (Entrevista, 35).

Por la mañana la playa y por la tarde íbamos a bailar a Las Arenas al baile (...) tenías todo el santo día del domingo baño, baile y cine y antes del cine hacían show de varietés. El show de varietés era que hacían... gente que salía a cantar. Ahí se hizo famoso, iba Machín, era el principio de Machín, luego Pedrito Rico, no sé si lo habreis oído, uno que cantaba así, ese que cantaba: «doce cascabeles lleva mi...» Ese se hizo famoso ahí en Las Arenas. Hubo algún artista que se hizo famoso aquí en Las Arenas, ¿sabes? Machín cantaba mucho por ahí. Después baile ¡ala! (Entrevista, 31).

Las termas Victoria forman parte de ese conjunto de obras iniciadas para dar respuesta a la incipiente demanda de la burguesía valenciana a principios del xx [Corbin Ferrer, 1994; Sanchis Pallarés, 1998]. Pero, quizás por su poca versatilidad, tan sólo es recordado como un símbolo más de la importancia que tuvieron las playas de los Poblados Marítimos. El hecho de contar con aguas termales es una muestra de la riqueza y grandeza del Cabanyal de antaño.

Era un balneario, que mi tío estaba allí de mantenimiento. Pues nada es un edificio que hay allí muy bonito, yendo por esta travesía a la playa, a la de la Malvarrosa, a la del Cabanyal. En la playa de aquí del Cabanyal, un edificio muy grande, enfrente están los pubs estos nuevos que han hecho ahora, pues enfrente mismo de este balneario de las Termas. Lo de Termas se ha dicho siempre porque eran aguas termales del mar, había un nacimiento allí... (Entrevista, 10).

Eren uns banys d'aigües termals en aquella época que és un edifici... allí entonces era... eran baños termales, hi havia aigua que eixia calenteta (Entrevista, 14.A).

La Casa Blanca que era antiguamente las termas Victoria, yo las he conocido como termas. Yo he llevado las toallas a mi abuela para que se bañase, ¡soy así de vieja! (Entrevista, 19.C).

Junto con las Arenas y las Termas muchos informantes han recordado las tradicionales barracas de baños. En las casetas se alquilaban trajes de baño y servían para vestirse en privado. Frente a los balnearios, las casetas estaban destinadas a los sectores más populares. La transformación de las mismas en restaurantes es recordada por los entrevistados.

Las casetas, los actuales restaurantes, eran merenderos unos y otros casetas de baño. «Aznar» creo que no era merendero, era caseta de baño y la «Muñeca» era Baños «La Muñeca»... (Entrevista 37.B).

Una barraca de baño, es donde alquilaban trajes de baño para tomar el baño, o sea que la gente venía de fuera no tenía donde vivir, venían, comían o cenaban y después se marchaban a casa, a Valencia o a la huerta. Pero pasaban el día en la playa y no tenían, no tenían..., era una caseta para cambiarse la ropa, para cambiarse la ropa (Entrevista 30).

Yo ya te he dicho que voy mucho a la playa y todo eso... Pues mi padre nos hizo un barracón, todas las amigas venían porque entonces estaba prohibido desvestirse en la playa, había que vestirse y desvestirse dentro de alguna *barraqueta* o algún sitio. Y en el barracón pues nos lo pasábamos muy bien... (Entrevista, 38).

Las casetas de baño representaban tanto una necesidad práctica para la comodidad de los bañistas, como una respuesta a la estricta moralidad. El baño estaba sujeto a una rigurosa normativa en aras de la decencia. Lo decoroso, púdico y casto se plasmaba en los aparatosos trajes de baños y en los horarios para el baño que aún perduran en la memoria de nuestros informantes.

Y entonces mi abuela, porque el baño de las mujeres lo hacían por la mañana tempranito o por la noche, durante el día no salían a tomar el baño las señoras. Y entonces mi abuela le decía a mi abuelo «oye, dile a tus amigos que se marchen porque *van a eixir les senyorettes*». Con unos trajes que iban más vestidas para nadar que para ir por la calles. Unos trajes largos, con un sombrero..., sí, sí, irían así! Tenían barraca y le decían a mi abuelo que se marcharan los amigos porque iban a salir (Entrevista 30).

Yo vivía enfrente mismo de las Arenas y por la mañana mi madre... porque entonces no era como ahora. Nos levantábamos a las cuatro de la mañana e íbamos las cuatro hijas a acompañar a mi madre a que tomara el baño, a las cuatro o a las seis. No quería que vieran que ella tomaba el baño y mi hermana mayor igual. ¡Vestidas, se metían vestidas! El primer traje de baño que llevé me lo hice yo, ¡como sería! Toda la lana que encontraba, con eso me hice una falda, me hice así como si fuera un peto y con las bragas debajo, con una faldita por aquí (señalando un poco más arriba de la rodilla) porque entonces no se podía llevar... (Entrevista, 23.A).

Mientras que los informantes más mayores rememoran la toma de baños con horarios y trajes, las siguientes generaciones recuerdan la política represiva franquista. Las parejas de «la Moral» que recorrían la playa llamando la atención por lo que se consideraba una actitud «deshonesta» o una ropa «indecente».

En la platja del Cabanyal, si anaves en camiseta d'esport també te cridaven l'atenció: teneis que andar en camisa. En la platja no es podia anar en camiseta d'esport, açò en la època de Franco (...). En Franco havies de anar en un traje especial, i eixir de l'aigua i de seguida posar-te un albornoz, sobre tot les xiques, i en Les Arenes. Després per a prendre el sol estaven separats, a les Arenes estava acotat el terreno, i era per a homens i per a dones (Entrevista, 27.A).

I les xiques estaven en un puesto i els homens en un altre. Perquè entones, hi havia una policia que es deia «la Moral», i si les xiques anaven un poquet aixina ensenyant el genoll les multaven. I els homens anaven

en camiseta d'esport, perquè sense camiseta d'esport, no es podia anar, perquè això era immoral (Entrevista, 17.A).

Yo me acuerdo que a mi cuñada y a mi cuñado 'la Moral' les llamó la atención (...) La Moral era la policía que iba a caballo y les gritó: «Oye, ¡así no esteis en la playa!», Fijate hasta qué punto era entonces «la Moral», porque ella estaba acostada y él así hablando con ella. Les llamó la atención porque estaba en esa posición. Entonces era un poco, un poco demasiado (Entrevista, 31).

Por último, no podemos dejar de hablar del monumento a Sorolla. Entre los recuerdos más destacados de la playa hay numerosas menciones al mismo. El monumento fue construido en la playa e inaugurado en 1933. Tras la riada de 1957 fue destruido, conservándose nada más el busto que fue trasladado a la actual plaza de Armada Española. La presencia de esta singular obra y su pérdida está muy fresca en la memoria de nuestros informantes y es descrita como una construcción monumental: «allò era preciós, allò era inconfundible». Sanchis Pallarés lo refiere así: «el busto de Sorolla, colocado sobre un ancho pedestal ligeramente troncopiramidal en el que se esculpió el escudo de Valencia, estaba en el centro de una espaciosa plataforma circular con solado de rodено, levantada metro y medio sobre la arena, y a la que se ascendía por cuatro breves escaleras y unas rampas» [1998: 25]. Nuestros informantes del siguiente modo:

El monument de Sorrolla estava ahí en la platja i pel costat era molt bonico això perquè hi havia unes pedres com si foren columnes d'estes romanes i Sorolla estava al mig, mirant al mar (Entrevista, 28.B).

Era un monolito... Lo que está ahora en el paseo Colón, donde está la comisaría, ¿no hay un jardincito? Allí hay un busto, ese es Sorolla. Y ese estaba enfrente del cuartel de la Guardia Civil. Había un... una plaza, pero aquello era como una puerta de un romano, que tenía unas doce o catorce columnas mirando..., que daba a espaldas del cuartel de la Guardia Civil y cara a la playa, habían unas escalinatas y una especie de toboganes que te tirabas por los lados. Pero aquello era, aquello era... de

mármol rojo, pero mármol bueno. Lo que pasa es que por aquella época, que iba «Juanito de los palotes» y decía: «pues eso me interesa» y había que destruirlo. Lo difícil de aquello, que era una puerta fabulosa, muy bonita, y... entonces no hicieron nada. Cogieron el monolito, lo pusieron en la plaza esta, una torre, la rotonda y se esfumaron, y ya está. Pero lo que había de valor, que era el mármol y las columnas, aquello lo hicieron desaparecer. Eso es lo del monolito de Sorolla. Y ahora está ahí en la placita, allí abandonado, que nadie se preocupa de ello... (Entrevista, 1.A).

Además, muchos informantes han evocado las tardes de niñez deslizándose por sus rampas laterales. La persona de Sorolla y su monumento se funden en la memoria como una presencia evocadora que permanece en el Cabanyal: ¿quién no lo conoció, jugó y creció con su recuerdo?

...Un monument de mig cos ahí en un..., fet en pedra, molt bonico. S'arrastraven els xiquets per allí, de pedra, uns columpios de pedra, pels quatre costats crec que era, o per un o dos costats, i pujavem allí i tot. Però en la riuà... en la riuà la mar també isqué, més la aigua que entrà... es derrumbà i entonces el llevaren i l'han posat en el port, en el port en JJ Dominé... al final del carrer la Reina. Posaren ahí a Sorolla, perquè on estava no estava bé, sabs?... (Entrevista, 4.B).

Si en ta casa volien encontrar-te, «ves a Sorolla que ahí estan jugant», i ahí estàvem. Aplegaves a casa i ¡pam, pam, al cul! per deixar-te caure per aquelles baranes (Entrevista, 28.A).

10. EL DEAMBULAR DE PERSONAJES

Si bien parece que queda claro que las vivencias en la calle son proliferas y recurrentes, no hay que olvidar que ciertas personas se convierten en imprescindibles para llevar a cabo una reconstrucción de este pasado cercano en el tiempo y en el espacio. Los recuerdos no sólo se ciñen a lugares y actividades, también hay espacio en la memoria, para las personas que con su presencia, pasan a configurar un elemento del quehacer cotidiano del Cabanyal. Son

personas que se mantienen en el tiempo como elementos imprescindibles a la hora de hacer un ejercicio de memoria y de revivir esos años, demostrando que a menudo, la calle y su recuerdo se personifican en habitantes cercanos, de carne y hueso.

Para presentarlas, hemos dividido a estas personas en tres categorías: por un lado, los personajes pintorescos, aquellos que por sus peculiaridades o por ser estigmatizados han pasado a ser recordados de forma especial. Por otro lado, lo que podríamos denominar las autoridades clásicas: los médicos, maestros y curas que han acompañado a los cabanyaleros a lo largo de la vida. Y por último, las personas consideradas como ilustres, las que nuestros informantes recuerdan con especial orgullo y satisfacción, formando una parte muy importante del imaginario colectivo del Cabanyal. Nos referimos a Sorolla, Blasco Ibáñez y los Benlliure. Todos han sido evocados de forma intensa y refuerzan la identidad de los cabanyaleros.

Entre los personajes pintorescos encontramos infinidad de referencias. Nuestros informantes los han definido como instituciones: «Toda esa gente era una institución en el barrio». A modo de ejemplo hemos seleccionado algunas citas referidas a distintos personajes, recogiendo, en cada caso, las referencias que existen sobre él. El Rubio ha sido nombrado en muchas ocasiones,

El Rubio...m'en recorde d'ell, era un xic molt guapo, rubio, alt, molt ben... també molt bonico i li deien Rosaura per afeminat, i además no ho amagava, o siga era molt amanerat, molt sabes? Molt aixina. Era provocador porque tenia una actitud, aixina com de provocació i... Jo recorde no sé si seria veritat, però se digué que el havien matat en una palisa o algo aixina, però això no t'ho puc assegurar. Però cixe també! Porque quan dic lo de provocador... Jo recorde que anava, per exemple, vestit i duia -ell tenia el cabell no el duia llarg però el tenia molt riçat, molt bonic, era molt guapet- i duia a lo millor una blusa de dona, sabs? Se posava roba de... era travestit i anava peel carrer. O siga li deien Rosaura supose que per això, però això va passar quan jo era més xiqueta... (Entrevista, 5.B).

El Rubio que hace poco salió en el periódico, que claro que murió. El Rubio que le llamaban y... Ese era muy levantino, del equipo del Levan-

te, y quería mucho a su madre, era soltero porque era desde siempre un poco... (Entrevista, 9.B).

El Brillantina también ha sido evocado y Martorell nos dice que «Antonio Gallego (1923-1995) fou un personatge del Cabanyal que degué el sobrenom als olis que es posava als cabells. Pasejava per la platja lluint la seua pell morena. Quan algú li deia: «Adios Brillantina», ell sempre contestava: *Em diuen Toni, no em diuen Brillantina*» [2002: 42].

Y después estaba Davito el Brillantina, que este también era una institución por aquí. Que iba por la playa en el verano, a las Arenas, haciéndose el machete, sacando pecho.... (Entrevista, 1.B).

Brillantina és perquè el duia... era un home alt, moreno, ben plantat i el duia molt... aixina tipo Mario Conde, amb molt brillantina, vaja, molt apegat! (Entrevista, 5.B).

«Las Ritas» o «las Gildas» también han sido recordadas por distintos informantes. En este caso, hay discrepancia con lo recogido por Martorell. Él asigna el mote de «Gilda» nada más a una mujer: «modista, samaritana dels Saions, col·lectiu característic de la Setmana Marinera, dels Àngels, molt popular per la seua beutat i esplèndida figura que comparaven amb al Rita Hayworth, progagonista de la pel·lícula “Gilda”, de gran actualitat en aquells temps. Vivía al carrer Pintor Ferrandis. Conten que emigrá a Nordamèrica» [2002: 77]. Y nuestros informantes, en todos los casos recogidos, lo han asignado a dos mujeres.

Entonces había unas, unas chicas que le llamaban las Gildas, porque eran dos hermanas muy guapas ellas. Y cuando iban vestidas de samaritanas ellas, todos «¡oye las Gildas, vamos a verlas, las Gildas!» Iban ellas ¡cómo iban ellas escotadas! entonces, la verdad, entonces no era como ahora, entonces veías unas nalgas por ahí y ¡ala!...íbamos los chicos locos a verlas. Y...las Gildas, esas eran dos hermanas muy monas que se lucían mucho... (Entrevista, 31).

En aquella època, va haver també una època que eixien «les Rites». «Les Rites» eren unes molt templaes que eixien de samaritanes en Setmana Santa i ensenyaven la cama. I els homes anaven a vore-les... les samaritanes, les Rites eren dos germanes que eren mes bè templaes elles... i, com ensenyaven la cama! Entonces la cama no s'ensenyava aixina com aixina. Que quan varen fer açì la pel.lícula «Rita»... era de Rita Hayworth i... porque ella ensenyava la cama, jo tenía setze anys, i a mi no me deixaren entrar al cine... per que ensenyava la cama! (...) es que el vestit portava un tall... (Entrevista, 38).

Muchos otros personajes pueblan la memoria de nuestros informantes como el «Pinexo»⁶⁴, el tío «Pana»⁶⁵, el «Manana»⁶⁶, Pepet «el de les oracions»⁶⁷ y un largo etcétera,

⁶⁴ «Pinotxo.- Conten que pel seu caràcter destarifat. Pertanyia a una família molt nombrosa del carrer Sant Roc, actualment Arzobispo Company» (Martorell, 2002: 115).

⁶⁵ «Pana.- *Estibador*. El Tio Pana, de non Ramón (1887-1953) vivia al carrer de la Barraca, entre Justo Vilar i Teatre. Li agradava vestir amb elegancia i era un gran ballador. També era molt presumit, com ho demostrava, especialment, el Diumenge de Gloria, quan amb els seus pantalons de pana, en el desfile anava davant de la Corporació de Granaders, col·lectiu caracteristic de la Setmana Santa Marinerà, del Rosari. Mostra de la seua popularitat fou el seu soterrar, acompanyat per la banda de música d'Alborache» [Martorell, 2002: 103]. Sanchis Pallarés apunta que «al tío Pana se le veía por las terrazas de los cafés de la calle de la Reina, siempre expuesto al público como si estuviera en un escaparate» (1998: 148).

⁶⁶ «Manana.- Era un home de condició molt humil que vivia al carrer de José Benlluire. Tenia unes orelles molt grans» [Martorell, 2002: 88].

⁶⁷ «Pepet el de les oracions.- Personatge popular del Cabanyal. Tot el món el tenia per molt lleig. Era cec. Vivía de les almoines que li donaven per entrar a les cases i resar oracions. Tenía sa casa darrere del quarter de la Remonta, situat al carrer que du el mateix nom, fou enderrocat i els terrenys están ocupats actualment per un jardí públic, i en una de les sales havia fet com un escenari per fer funcionetes del Betlem, representades per xiquets, als quals també preparava per a les festes de Sant Vicent o del Crist del Grau. Está soterrat al cementeri del Cabanyal, on apareix el seu nom i el sobrenom de Pepet el ceguet, Però era molt més conegut com “Pepet el de les Oracions”. Al seu nínxol, un rètol diu: “Mi vida en la tierra fue oración y penitencia, y desde el cielo rogaré por todos”. Antonio Damiá, en “Del puerto a la

Pues sí... el «Tío Pana» por ejemplo, el «Tío Pana» vivía allí en Barraca, le gustaba mucho la música, era muy fallero, era muy... muy de fiesta y ese era de los que siempre, pues de los que armaba todas las fiestas (Entrevista, 9.B).

Hi havia uno que li deien Pinoxo. Eixe no sé perque li deien... Bueno li deien Pinoxo, però no sé exactament, bueno sí, sí que ho sé segurament perque tenia un físic. Eixe és el que segurament encara viu, que era el més jove de tots. Caminava aixina, un poquet aixina com si fora, feia eixe caminar, aixina com si fora este... com li deien este... este còmic el... Charlot. Però ell tenia una cara aixina, bueno i té supose, aixina un nas molt, molt puntiagut, i per això li dien Pinoxo... Este no estava molt sencer, era aixina molt simplon, un poc simple, però era molt graciós i anava sempre per ahí, com aquell! Sempre anava lliure, per ahí, fent coses, fent bromes i fent coses, no? (Entrevista, 5.B).

M'enrecorde que hi havia un home que li deien Pepet, que era molt lleiget, fadrí i quan es moria una persona, que no se l'enduien allà al sanatori, el tenien en casa hasta l'hora del enterro. I entonces a Pepet l'avisaven: 'Fulanito s'ha mort' i venia totes les vespraes a les 6 a fer el resso, i ressavem 8 dies (...) M'agradava Pepet. Ah! I la novena que feia Pepet era a les 7 del matí, però tu estaves gitat i ell tocava si passava algo. Com feia fred, jo li donava un taçonet de sopes amb llet, perquè el pobre estava soles (Entrevista, 5.B).

Mención a parte merece Pepica «La Pilona», debido a la innumerable cantidad de citas que hallamos sobre ella. De hecho, es el personaje popular más recordado y el que despierta más sentimientos encontrados: desde el cariño hasta el rechazo. La ambigüedad y la marginalidad definen los atribu-

Playa”, diu: “iniciaba nuestro feo la sesión rogando con voz gangosa unas cuantas oraciones y después dirigía un rosario que seguían las mujerucas” [Martorell, 2002: 111]». Efectivamente, en el libro de Damiá, hay un capítulo dedicado a *Pepet* [1973: 127-131]. Sanchis Pallarés recoge que a «Pepet todo el mundo lo conocía por feo, pero también por buena persona. La verdad es que todo el mundo le apreciaba mucho» [1998: 149].

tos de la Pilona. Sin duda, la personalidad y la propia vida de «La Pilona», envuelta en mitos y leyendas, la convierten en una institución y un referente de las calles del Cabanyal. «Hija de una familia de pescadores del Cabanyal era muy dicharachera, muy humana y muy procaz» [Sanchis Pallarés, 1998: 204]. Hacia su persona encontramos una mezcla de afecto, respeto y censura,

La Pilona esa que también era una pájara, ¡madre mía!, esa siempre iba pidiendo para ir al cine. Esa en todas las colas de los cines que había entonces, te la encontrabas, en todos los sitios, ¡siempre, siempre! «Tete, dame una peseta; tete, dame una peseta que quiero ir al cine». Te lo decía en valenciano: «vull anar al cinema», dame una peseta». Y tú decías «toma la peseta» por quitartela de encima, le dabas la peseta y ella en la cola del cine y al cine. Se conocía todos los cines de estreno en la semana, ¡en la semana!, se veía todos los cines de estreno, todos los que había... (Entrevista, 9.B).

La Pilona. La Pilona es el nombre... el apodo, y le llamaban Pepica, el nombre era Pepica. Esta señora tuvo la desgracia de ser en su juventud, dicen, un poquín loquilla. Cuando la guerra cayó en desgracia, una mujer sin rumbo y sin nada, donde caigo, vivo. Pero aquí en el Cabanyal era una institución, aquí todo el mundo la quería. No era nadie, digamos una vagabunda, no tenía casa, no tenía un... domicilio fijo...sí, sí, sí. Ella pasaba por el horno de la Estrella, el horno de allí enfrente del Casinet, por cualquier sitio [y le decían] «Eh Fulana!,¿cómo estás?» «Ay pues mira me voy ahí». Y esta mujer había un... no me acuerdo el nombre, pero está en frente del Casinet mismo, un horno, donde le daban todos los días un pan de kilo. Y ella iba cogía el pan y se iba al mercado. Y esta mujer iba ahí y pasaba por la pescatería: «Hola Fulana, com estàs?» «Pues mira posa'm algo ací d'almorzar» y abría el pan de kilo y le ponía un pulpo, boquerón, calamar, lo que fuese. Pasaba al lado y le decía: «Pepica a on vas hui?» «Pues mira posa'm p'almorzar» y le ponía queso, jamón york, jamón serrano, sobrasada, lo que fuese. Pasaba a otro sitio, conforme la mujer esta iba pasando, como era una institución y era... digamos de la familia, todo el mundo le ayudaba. Nunca jamás le he visto gritar a ningún chiquillo,

ni darle un beso en la cara. Esta mujer, a mis hijos, eh, a mis hijos, de pequeños pequeños los ha cogido y les ha dado siempre un beso en la frente, aquí en la frente, y nunca 'los ha pretao', porque ella decía que su cuerpo y sus olores no tenía porque transmitirlos a las criaturas pequeñas. Ahora, se lo daba con cariño de madre, porque ella había sido madre soltera, lo que pasa es que adoptaron a su hijo, en fin, yo esa historia, yo no la sé, no puedo entrar en algo que no sé. Entonces esta mujer, muy amable y muy buena persona, era una institución muy grande, decías: «Pilona» «Fill de puta, soc la Pepica» (Entrevista, 1.B).

Hi havia una dona, una dona que li dien la Pilona. La Pilona, no sé perquè li dien eixe nom la Pilona. Ella vivia en una barca, o siga era una dona que vivia ella sola, era... vivia en una barca en la platja i... bueno, vivia de la caritat, o siga... i pareix ser que també feia de puta, de puta barata evidentment. Però bueno ella es coneixia a tots els del barri, saps? I es veu que tenia clientela del barri fija, saps? I bueno tots ho sabien però... ella no tenia problemes ni complexes. Anava pel mercat i tenia eh!... del mercat li donaven coses. A lo millor pos coses que no havien venut o que no estaven pa vendre perquè ja no estaven bé, però ella traia de tots. Tota la vida jo la vaig conèixer, es feu major, major, no sé si al final estaria en alguna residència que la colocarien els de servicis socials. Però ella tota la vida visqué molt independent i molt... jo que sé se n'anava al cine, per no sentir-la la deixaven entrar sense pagar, perquè era de les que no es callava res. I jo que sé, anava per ahí contant històries, se n'anava al cementeri, te la trobaves en el cementeri i et contava unes mentires, porque te deia coses dels que s'havien mort però se inventava el que volia i, clar, el que no ho sabia s'ho creia. Però mosatros la coneixem i coneixiem, mosatros som del barri i coneixiem a la gent, però bueno, era... era un personatge molt curiós. La Pilona sí, que va morir, jo crec que al final la posaren en una... porque es feu prou vella, la posaren supose... igual estigué ací en la residència del Carmen que està ací en el barri, no ho sé, això ja no ho sé... (Entrevista, 5.B).

En cuanto a lo que hemos denominado como las autoridades tradicionales destaca la personalidad de Don Vicente Gallart. Numerosos informantes han contado anécdotas de este sacerdote, que durante los años del franquismo

fue el párroco de la Iglesia del Rosario. Hijo de pescadores del Cabanyal, el apodo de su familia, tal y como señala un informante, era el de «Nas llarg»⁶⁸: «... I el capellà que he dit era don Vicente Gallart, arcipreste. De malnom, Nas Llarg. És la família, és la família Nas llarg, d'ací del Cabanyal; és arcipreste, que té un carrer» (Entrevista, 2.C). La figura de Gallart es equiparable por su importancia a la del padre Luis Navarro en el siglo anterior⁶⁹. Ambos quizás hayan sido los sacerdotes que más influencia o estela han dejado en el Cabanyal. En el caso de Don Vicent destacan las anécdotas sobre su persona y personalidad. Merece la pena recordar una pequeña historia contada por Sanchis Pallarés para acercarnos a su figura: «Es sabido que en el Cabanyal se practicaba bastante el contrabando (medicinas, nylon, tabaco...). Una vez el Gobernador quiso dar un escarmiento y se dirigió al Padre Gallart como hombre de confianza por si podía decirle algo. Éste le recibió en su casa y le invitó a comer, sacando a la mesa gran cantidad de alimentos prohibidos, que sólo se obtenían por contrabando. El Gobernador le preguntó que de dónde había sacado todo aquello y Gallart la respondió que en el Cabanyal todos eran contrabandistas. Ante esta respuesta, el Gobernador se marchó igual que había venido, sin poder hacer ninguna redada» [1998: 155]. Con todo, lo más evocado por nuestros informantes han sido sus sermones y los rumores que circulaban sobre sus «miradas a las mujeres».

Sí, sí a mi ixqué Gallart a la porta a esperar-me, pero és que Gallart..., tu no l'has conegut, pero ha sigut un cura molt típic d'ací... Sí, sí, a lo millor alguna estava en missa i com hi haguera alguna que portara les faldes un poquet ... «tú, baixat la falda o posat calçetins o posat calces», era un cura molt..., molt espabilat, si... Era d'ací, té un carrer, de Vicente Gallart, en honor a ell, era un cura molt nomenat ací en el..., ací en el

⁶⁸ A este respecto Martorell recoge que «nas llarg» fue remendador: «Miguel, nascut en 1860, tenia el nas llarg. Del seu matrimoni nasqueren dos fills: Miguel, amo de barca, i Vicente, retor que seria de la parroquia del Rosari» (2002: 99).

⁶⁹ Sobre el padre Luis Navarro se puede acudir a Sanchis Pallarés (1997 y 1998). Además, en el relato de Renau también encontramos numerosas referencias a su persona: «Don Luis Navarro era un hombre muy bueno y muy pobre. Era el cura de la parroquia del Rosario. Todos le llamaban el Vicariet» (1953: 20)

que era el Canyamelar. Es que era un cura molt campechano, si te tenia que dir algo, t'ho deia, en ca que estiguera en missa. Era genial desde luego... Sí, molt conegut, además, el meu germà, jo tinc una anècdota molt graciosa del meu germà, que tots els meus nebots: naixien rubios i uno va naixer moreno i diu «este no es meu, este es de Gallart», (risas) o siga..., mira la fama que tenia! (risas) (Entrevista, 14.B).

Pero hubo un rector que fue D. Vicent Gallart, que era el párroco del Rosario, que era un rector entrañable... ¡Madre mía!, cuando pasaba una chica guapa por su lado le pegaba unas miradas.... Pues D. Vicent Gallart como predicador era muy bueno... y había mucha gente que pensaba que si no llegó alto en la jerarquía eclesiástica era porque las mujeres... je, je, je... le gustaban mucho. Y entonces, pues, esas cosas, pues, más tarde o más pronto se saben... porque como rector era muy bueno... (Entrevista, 36.A).



Foto cedida por M^a Angeles Marín Belenguer. Grupo escolar Cabanyal

En cuanto a los maestros destacan, sin duda, la estirpe de los Ballester. Las referencias a Don Alfredo, Don Fermín y Doña M^a Dolores han sido numerosas. Pero, en general, los colegios y escuelas han sido bien recordados por los entrevistados, así como sus directores y sus maestros: Don Ángel, Doña Pilar, Don Manuel, Doña Manolita... El recorrido por los centros escolares es largo: desde *l'escola del poble* de la calle San Pedro o la calle Escalante hasta el Llicco Sorolla, desde los colegios de monjas como el de las francisca-

nas o el de Pureza de María hasta las Escuelas Pías de la Malvarrosa, desde la academia Carles hasta la academia del Pilar. La cantidad de referencias a las escuelas merecerían un capítulo aparte: los horarios, los diferentes sistemas de enseñanza, la prohibición de hablar en valenciano, los métodos, la organización del espacio, y un largo etcétera. En este caso, sólo recogemos tres citas sobre los maestros, las escuelas y sus peculiaridades sin ánimo de recoger toda la riqueza que hay en las entrevistas sobre la enseñanza.

Era un colegio, era planta baja y un piso, que era colegio... legal. Eran Don Fermín y Doña Dolores, que era su mujer y también era maestra, de la familia Ballester. Porque aquí en el Cabanyal, está la familia Ballester relacionada con la escuela. Había una escuela, que era por ahí por la acequia del Gas, era la escuela Ballester, muy famosa y muy conocida por todos. Y Don Fermín se casó con la hija de Ballester porque él era profesor de allí, entonces se separó, él y ella, y se montaron la escuela, se independizaron. Él estaba cojo, Don Fermín estaba cojo, muy buena persona, de vez en cuando mala leche, porque ¡daba cada nudillo con los dedos!, pero aquello era propio del tiempo. Y la escuela, pues aquello era..., te preparaban más que nada para banca y para entrar en astilleros... Era por edades. Estaba parvulario, que era Doña Manolita la que daba clase en la planta baja, después en el primer piso que era digamos... Es que antes estaba párvulos, después estaba el, el... El grado elemental y después estaba grado medio...el grado elemental era hasta tercero de hoy, los Reyes Católicos... todo aquello era ya el grado medio. Después cuando aprobabas el grado medio, entonces ya entrabas a bachiller y empezabas primero, segundo, tercero, hasta séptimo, y en séptimo, cuando terminabas séptimo ya ibas a la universidad. Con esto, te quiero decir yo, que aquí, con Don Fermín hacíamos hasta grado medio, y hacíamos banca, que es lo que te había dicho antes, para entrar en los bancos de botones, ¿eh? (Entrevista, 1.A).

Tenia tres o quatre mestres i mestras pa educar-mos a tots, però entonces no havien tantes classes de quinto ni cuarto ni tercero. Entonces era una classe de cagonets i els majorets. Els majorets que estaven dividits en dos grups; els que més majors, més sabien i els que menos sabien. Els cagonets anàvem a dependre allí hasta restar, sumar i d'això, i una vagà.

Sabies ja llegir i escriure i les cinc regletes, te passaven a la classe dels majors. Hi havia un mestre en els cagonets, un mestre en els majors, una mestra, que entonces els xics i les xiques anaven separats, perquè clar, això era pecat! I les xiques anaven a unes classes i els xics anàvem a altres (Entrevista,17.B).

Era depurada, ella la havien depurat, era después de la guerra porque clar ella estava ací i açò era zona roja. Aleshores tots els mestres que estaven en zona roja independentment de la seua ideologia foren depurats, es dir els deixaren fora de la carrera, els anularen tots els drets. Entonces esta dona era una mestra depurada i ella i el seu marit havien montat una acadèmia privada que es dia Carles. El Carles era el cognom del marit i entre els dos la portaven, entonces me portaren allí. Era digam l'acadèmia particular que més nom tenia en el barri, es parlava molt bé, preparaven molt bé als xiquets tal i cual... (Entrevista,5.B).

Entre los médicos destaca el recuerdo especial al Doctor Lorenzo La Flor, muchos no sólo han evocado su persona, sino que también han recordado su entierro multitudinario. Como señala Sanchis Pallarés, pocas veces existe «unanimidad: Don Lorenzo la Flor era un gran hombre» [1998: 161]. Junto a él destaca el Doctor Marcos Sopena, ambos dedicados a la medicina general, de él se recuerda que «era un médico de los que no tenía prisa. Con su parsimonia te atendía amablemente y con pocas palabras» [Sanchis Pallarés, 1998: 163]. Le acompañan, entre otros, en el recuerdo el Doctor Vicente Oliete como médico especialista. Si algo, en general, se destaca de los médicos era su voluntad de atender a todos los enfermos, pudieran pagar o no. En muchos casos, los facultativos recibían por sus visitas pagos en especies.

Don Lorenzo la Flor, muy famoso aquí en el Cabanyal, y siempre iba con el puro en la boca y hablaba un poco así, farfalloset. «¿Qué te pasa *xiquet?*» «¿Qué te pasa?» «*A vore, gita'ls*», y te tocaba la *panxa*, la barriga (Entrevista, 31).

Don Lorenzo la Flor, y por eso al fallecer, ha sido el segundo entierro que se ha llevado al cementerio a hombros, primero Blasco Ibáñez y

después Lorenzo la Flor. Fue..., lo llevaba la gente, el pueblo de aquí del Cabanyal, en, con hombros tampoco, de mano en mano, fíjate, imagínate la cantidad de personal que había que de mano en mano sin tocar el suelo llegó al cementerio. Y eso fue un médico que ¡eh!, era así de bajito, *pequenyet*, medía uno cincuenta o uno sesenta... A mi me salvó muchas veces de enfermedades. Era una persona muy bajita, pequeña, pero valiente. Fumaba unos habanos que le traían los mismos pescadores, iban a Canarias y por ahí y le traían los habanos. Muchas veces decías «xé, Lorenzo, es més gran el puro que tú!» «es igual pero jo l' aguante aixina» y estiraba los brazos, o sea que alargaba el brazo como para aguantar el puro... (Entrevista, 1.A).

Estava el doctor de la Flor, estava don Marcos i estava doctor Oliete. Però claro, eren homes que es dedicaven... el... O sea, en la Seguretat Social no n'hi havia molta gent, no n'hi havia molta gent entonces... hasta que no se ficà un poquet la cosa en marxa. El doctor de la Flor té una plaça ahí en el Cabanyal, on estava el Mercat vell. Eixe home era molt volgut per tot el Cabanyal. «Ai, si me té que tocar algú, que siga Llorencet!» I si alguna estava malalta, cridava a Llorencet. «Don Llorenç, mire, la meua... o sea... ma mare o ma filla està malalta!» I allí anava el tio Llorencet (...) Quan no, anaven a Don Marcos, que estava en Pintor Ferrandis en un primer pis... on està la botigueta, cixa que et deia jo de comprar el vi, eh? pues, allí estava. Pues anaven també a don Marcos, i don Marcos que també era una persona aixina en panxeta, saps? Molt agradable el home... havia que pagar-li. A eixe home havia que pagar-li també. I el doctor Oliete és perquè l'home tenia una clínica, allí mateixa al costat de... de la... de la estació de La Cadena, i allí pues operava... m'entens? l'home era volgut (...) Sin embargo de Oliete no... no he sabut res d'ell. És que també li van llevar d'ahí... en fi, la consulta que tenia... era un home que tenia fama també. Però tenia ja... una especialitat un poc més concreta que el que eren estos dos senyors. Estos dos senyors es dedicaven a la medicina general, però molt bones persones (Entrevista, 3. B).

En cuanto a los personajes ilustres que perviven en el imaginario colectivo destacan especialmente dos: Blasco Ibáñez y Sorolla. Los dos han sido

nombrados en numerosas ocasiones por nuestros informantes, no sólo por la importancia de sus figuras en el panorama nacional e internacional, sino por situarlos simbólicamente como hijos predilectos del Cabanyal. Ambos fueron amigos y contertulios⁷⁰, ambos nos dejaron múltiples esbozos del Cabanyal y ambos compartieron denuncias sobre la situación de los pescadores⁷¹.

La figura de Blasco Ibáñez ocupa, sin duda, un lugar privilegiado. Muchos de nuestros entrevistados han relatado con orgullo que conservan las primeras ediciones de sus libros: «Mira Valencia 1926 o 1928, no distingo lo que pone, pero esto es la primera edición de Blasco Ibáñez de la editorial Prometeo, los primeros libros que se editaron de él...» (Entrevista, 37.A). Otros han rescatado la importancia política del escritor en la vida del Cabanyal y han recordado su viaje a Argentina o el Día de la Fiesta de la Barraca⁷². Muchos se han definido como republicanos o blasquistas, o bien ellos o bien sus padres o abuelos. El hecho de que Blasco Ibáñez viviera entre ellos se señala como un grado de distinción.

Mon pare era molt republicà, amic de Blasco Ibáñez i ma abuelo se'n anà en companyia de Blasco Ibáñez a l'Argentina. I quan vingué mon pare feu un museu en casa, la planta baixa, quan ja no viviem feu un museu de coses de Blasco Ibáñez (...) Es que mon pare era de Blasco Ibáñez molt, i ma abuelo va anar a la Argentina amb Blasco Ibáñez (Entrevista, 20.A).

...Blasco Ibáñez! ...tenía su casa aquí. Sí, sí... ahí más abajo tenía su casa... ahí en la playa la tiene. Hoy es un museo... hoy es un museo. Y ahí la tiene aún, la tiene (Entrevista, 18).

⁷⁰ «(referido a Sorolla) Trabajamos juntos, él en sus lienzos, yo en mi novela, teniendo enfrente el mismo modelo. Así se reanudó nuestra amistad, y fuimos hermanos, hasta que hace poco nos separó la muerte» [Blasco Ibáñez, (1923)1999:61].

⁷¹ El final que Blasco Ibáñez da a *Flor de Mayo* es similar al título otorgado por Sorolla a un cuadro, *¡Aún dirán que el pescado es caro!* (1895).

⁷² En las historias de vida del próximo capítulo se recoge este acontecimiento.

...pues acá en Eugenia Vinyes més al final hi ha un xalet que es feu Blasco Ibañez i que gràcies a Deu s'ha pogut conservar, perquè si no també se l'hagueren carregat, no? (Entrevista, 5.B).

Sorolla se convierte también en un referente de la vida del Cabanyal. Numerosos informantes han remitido a los entrevistadores a los cuadros de Sorolla («Has vist el quadre dels Bòus?» «Conoces los cuadros de Sorolla?») para explicar la pesca del Bòu, el trasiego de barcas, los marineros y pescadoras y los colores de la playa... Pese a que Sorolla no vivió en el Cabanyal, tan sólo tuvo un taller alquilado, su importancia como embajador del Cabanyal en el mundo, hace que algunos informantes lo hayan situado viviendo en el Cabanyal: «sí, Sorolla vivía aquí...» (Entrevista, 18). En la autobiografía de Renau encontramos una interesante estampa que describe su costumbre de pintar en la playa: «Le gustaba pintar todo lo que veía en la orilla del mar; a los pescadores que salían de las barcas tiradas por los bueyes; a las mujeres que se bañaban con unos camisones largos que se inflaban en el agua como globos; a los niños canijos del Hospital de San Juan de Dios que paseaban desnudos y en filas por la orilla del mar (...) Cuando quería copiar alguna cosa de aquellas, contrataba a las personas y les pagaba para que se estuviesen quietas varios días durante las horas que hacía más sol. Entonces clavaba las patas del caballete en la arena y sacaba la paleta y los pinceles de la caja de pinturas» [1953: 78]. El fuerte carácter de Sorolla⁷³ se plasma en una anécdota en la que el tío Batiste interrumpe el trabajo del maestro y éste enfadado y a voz en grito le espeta: «¡Váyase a hacer puñetas y déjeme tranquilo. Yo no sé quién es usted, ni quiero saberlo! ¿Me oye? ...Con que... Andando» [1953: 82].

Entre los recuerdos destacamos dos de ellos en los que se relata cómo diferentes personas del Cabanyal fueron retratadas por Sorolla en la playa.

⁷³ «Sorolla tenía un genio de todos los demonios; no le gustaba ni pizca que alguien se le acercase demasiado y, ni mucho menos, que le hablasen cuando estaba con prisas, porque le distraían» [Renau, 1953: 81].

Y un día Sorolla, que le llamaban Joaquín y mi abuela se llamaba Joaquina, Chima... Mi abuela pues era muy guapa es lo que se ve (...) y entonces Joaquín le dice: «te tengo que pintar» y mi abuela le decía: «Chimo no, per que les males llengües... Les males llengües, diuen que totes les modelos se giten en els pintors i si tu me pintes a mi después, com et tinc que explicar?» (...) «No te preocupes que yo te pintare però no te pintare la cara» (...) i entonces no se le ve la cara (Entrevista, 30).

Sorolla, el Sorolla... l'avi de la meua dona, diu la meua dona que el pintà al seu avi, i quan hi ha alguna exposició de quadres de Sorolla, la meua dona se'n va a vore si veu al seu avi, però no l'hem vist mai. I sé que tenia, la meua dona diu que tenia molt bona amiatat amb Sorolla, i que tots els dies es veien en la platja i això, i que el va pintar, però no veiem cap quadre on estiga (Entrevista, 2.C).

Menos menciones merecen los Benlluire (José y Mariano), quizás por el simple hecho de ser eclipsados por Blasco Ibáñez y Sorolla. Algunos informantes han recordado el entierro de Mariano Benlluire y otros destacan la importancia de la familia Benlluire para engrosarlos en la lista de personajes ilustres que han acompañado la cotidianidad de la vida del Cabanyal.

Los Benlluire, los Benlluire, los padres están enterrados aquí en el Cabanyal, personajes así ilustres pues si que hay aquí (Entrevista, 30).

Benlluire, que estiuejava en el carrer José Benlluire, precisament, a l'alçada de, com diria, sobre el número 15 ò 16 (Entrevista, 2.C).

Ahí en el cementerio del Cabanyal están enterrados pues Carlos José Benlluire, Mariano Benlluire, que son unos pintores, uno escultor, pintor y escultor (Entrevista, 24).

11. CONCLUSIONES

Los lugares, que durante décadas fueron señas de identidad locales, perviven en la memoria colectiva. Hoy en día, la calle se ha transformado en

un espacio impersonal, desmarcándose paulatinamente de ese *rifi-rafe* que supone su uso como espacio de encuentro e intercambio. La vida y todo lo que ella conlleva, se retira de puertas hacia adentro. El grado de degradación y desgobierno de la misma la ha convertido en un espacio casi imposible para encuentros. La usurpación de la calle y su desamparo la convierte en un espacio de ida y vuelta, un espacio, en cierto modo, deshabitado, en tránsito del ir y venir. De la calle como eje estructurador de un barrio, asistimos hoy a la calle como un claro elemento de desconfiguración social. En definitiva, la casa cerrada o abandonada a la fuerza y la calle vacía sintetizan bien el giro copernicano experimentado:

Ahora ya no, ahora ya cada uno se mete en su casa y ya no... ya no hace la familiaridad de antes, ¿comprendes? (...) Ya no es aquello tan familiar de antes, antiguamente, ¿comprendes? Y además ahora con esto... (referido a la degradación) mucha gente antigua se ha ido y no viven..., por ejemplo, en esta acera sólo vivimos en cuatro casas, en todas las demás no viven, están cerradas... (Entrevista, 22).

...mucha gente pues «para que luego me tiren, me marchó» mucha gente, pues se ha marchao por eso (Entrevista, 24).

«Las gentes de la huerta a quienes expropiaban sus barracas y alquerías y parte de sus campos, maldecían aquellos nombres (...) Maldecían el dinero que les daban “en cambio de lo que les quitaban”; pero los viejos lo metían en una media que rollada y atada fuertemente escondían en lo hondo del arca (...) Se dió el caso en un labrador, el tío Cubelles, de caer gravemente enfermo, por el disgusto que le causó ver hollados sus campos y maltratadas sus cosechas... Tuvo que ir a verle «el amo» de las tierras, tras los santos óleos, a consolarle y persuadirle de que aquellas expropiaciones eran precisas por utilidad pública. Pareció conformarse, pero cuando aquel buen señor le hablaba del progreso y de la civilización con entusiasmo, le contestó, con palabras entrecortadas por la fiebre: —¡*Cregam, señor amo...!* ¡*Eixos dinés son del Dimoni!* ¡*Están malahits!* ¡*Gástesels pronte!*— Y todos, con la mirada hostil y el ceño torvo, contemplaron a las brigadas que avanzaban en su obra devastado-

ra, llenando de cascote los campos, arrasando los sembrados» [Morales San Martín, La Rulla 1905].